

Adaptaciones del alfabeto griego

Adaptations of the Greek alphabet

Ignasi-Xavier Adiego 
Universitat de Barcelona
ignasi.adiego@ub.edu

Resumen: En este trabajo se presenta un análisis de los procesos de adaptación del alfabeto griego a cuatro lenguas diferentes del Mediterráneo antiguo: el enotrio (un dialecto del grupo sabelio), el ibérico, el osco y el galo. En cada caso se señala en qué ha consistido el proceso de adaptación, la cronología en el empleo de la escritura y algunas particularidades paleográficas. En general, estos cuatro alfabetos son las maneras respectivas de escribir una lengua local mediante letras griegas más que una creación específica de una escritura como una señal de identidad.

Palabras clave: Adaptaciones del alfabeto griego. Alfabeto greco-enotrio. Alfabeto greco-ibérico. Alfabeto greco-osco. Alfabeto galo-griego.

Abstract: In this paper an analysis of the processes of adaptation of the Greek alphabet to four different languages of the Ancient Mediterranean is offered; Oenotrian (a Sabellian dialect), Iberian, Oscan and Gaulish. In each case the author shows how the process of adaptation happened, and also the chronology of the use of the script and some palaeographic features. In general terms, these four alphabets are rather ways of writing a local language by means of Greek letters than a specific creation of a script as a sign of identity.

Key words: Adaptations of the Greek alphabet. Greek-Oenotrian alphabet. Iberian-Greek alphabet. Oscan-Greek alphabet. Gaulish-Greek alphabet.

Recepción: 19.09.2019 | Aceptación: 12.03.2020

Financiación: Este trabajo se enmarca en el proyecto “Los dialectos lúvicos del grupo anatolio: escritura, gramática, onomástica, léxico”, Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, Programa Nacional de Filología y Filosofía (FILO y FISO), Código oficial: PGC2018-098037-B-C21 (IPs: Ignasi-Xavier Adiego y Mariona Vernet).



1. Introducción

1.1. Con la única y notabilísima excepción del sistema paleohispánico, todas las escrituras estudiadas en el presente volumen tienen su origen, directo o indirecto, en el alfabeto griego. Incluso la escritura ogam, que desde el punto de vista formal es evidentemente una creación ad hoc, presupone, en términos funcionales, un modelo alfabético vocálico-consonántico de tradición griega (en el caso del ogam, muy probablemente el modelo funcional directo fue el alfabeto latino, por razones cronológicas y geográficas). El alfabeto griego fue, pues, el gran intermediario entre el alfabeto fenicio, propiamente un abjad o alfabeto consonántico, y un gran número de alfabetos empleados en Europa desde la antigüedad hasta nuestros días.

Como se sabe, la diferencia fundamental entre el modelo fenicio y el alfabeto griego es la introducción, de manera sistemática, de la distinción entre grafemas consonánticos y grafemas vocálicos, lo que dio origen al alfabeto consonántico-vocálico. Para ello, los signos del sistema fenicio que representaban sonidos de articulación glotal y faringal (𐤀 <ʔ> oclusiva glotal sorda /ʔ/; 𐤁 <h> fricativa glotal sorda /h/, 𐤃 <ħ> fricativa faringal sorda /ħ/, 𐤄 <ʕ> fricativa faringal sonora /ʕ/ (para estos posibles valores fonológicos, *vid.* Hackett 2008, 86-87), así como también las semiconsonantes palatal /j/ (𐤅 <y>) y labiovelar /w/ (𐤆 <w>), fueron reutilizados como vocales. Si se asume la actual *communis opinio* que sostiene que el sistema paleohispánico procede directamente de un modelo fenicio sin intermediario griego, hay que suponer para este sistema un proceso paralelo e independiente en el que también este tipo de letras se convirtieron en signos vocálicos. La gran diferencia estriba en que en este último caso se introdujo un sistema parcialmente silábico (para el reflejo gráfico de las oclusivas) en tanto que en el alfabeto griego y sus derivados se mantuvo el valor exclusivamente consonántico de tales signos. La tabla 1 intenta ofrecer una visión de conjunto de los grafemas fenicios y su adaptación en el alfabeto griego (para un estudio pormenorizado de la cuestión, véase la útil síntesis de Woodard 2010, 25-46):

Ⲁ	<ʾ>	/ʔ/	Α	/a/
ⲁ		/b/	Β	/b/
Ⲃ	<g>	/g/	Γ	/g/
ⲃ	<d>	/d/	Δ	/d/
Ⲅ	<h>	/h/	Ε	/e/
ⲅ	<w>	/w/	Υ Φ	/u/ - /w/
Ⲇ	<z>	/dz/	Ι	/dz/, /zd/
ⲇ	<ḥ>	/ħ/	Θ Η	/e:/, /h/
Ⲉ	<ṭ>	/tʰ/	Θ	/tʰ/
ⲉ	<y>	/j/	Ι	/i/
Ⲇ	<k>	/k/	Κ	/k/
ⲇ	<l>	/l/	Λ	/l/
Ⲉ	<m>	/m/	Μ	/m/
ⲉ	<n>	/n/	Ν	/n/
Ⲇ	<s>	/ts/	Ξ	/ks/
ⲇ	<ʿ>	/ʃ/	Ο	/o/
Ⲉ	<p>	/p/	Π	/p/
ⲉ	<ṣ>	/tsʰ/	Μ	/s/
Ⲇ	<q>	/kʰ/	Ϙ	/k/ ([q])
ⲇ	<r>	/r/	Ρ	/r/
Ⲉ	<š>	/s/	Σ	/s/
ⲉ	<t>	/t/	Τ	/t/
			Φ	/pʰ/
			Χ	/kʰ/ - /kʰ/
			Ψ	/ps/ - /kʰ/
			Ω	/o:/

Tab. 1. Alfabeto fenicio y alfabeto griego.

La idea de que fue en el alfabeto griego en el que se introdujo el sistema vocálico-consonántico, sostenida tradicionalmente, se ha visto cuestionada recientemente por la documentación frigia, que nos ofrece, muy a principios del siglo VIII a. C. y por tanto antes de los primeros ejemplos claros de epigrafía griega, el empleo de un alfabeto de origen fenicio pero ya transformado en alfabeto vocálico-consonántico y usado para reflejar la lengua frigia, no el griego. Queda fuera del alcance del presente trabajo entrar en esta discusión, por lo que remitimos a los lectores a la monografía sobre la lengua frigia recientemente publicada en la que se dedica un capítulo al alfabeto (Obra-

dor-Cursach 2020). Téngase además en cuenta que, aunque dilucidar dónde, cuándo y para qué lengua se pasó del sistema consonántico fenicio al sistema vocálico-consonántico resulta de enorme interés para la historia de la escritura, está fuera de duda que las adaptaciones que se estudiarán en este capítulo tuvieron todas como modelo indiscutible el alfabeto griego. Así pues, en esta sección introductoria asumiremos, por razones eminentemente prácticas, la visión tradicional que considera que el sistema alfabético vocálico-consonántico fue creado para escribir la lengua griega.

En términos generales, la adopción del alfabeto fenicio por parte de los griegos, convirtiéndolo en un sistema vocálico-consonántico, y su posterior difusión no entraña grandes cambios aparte de la mencionada y fundamental reconversión de signos consonánticos en vocálicos. Rigió un claro principio de estabilidad (Boisson 1994, 225; Adiego 2018, 145) por el que los signos consonánticos que representaban sonidos similares en ambas lenguas se trasladaron, tal cual, de un alfabeto al otro, se desecharon unos cuantos signos que representaban sonidos inexistentes en griego, se reaprovechó alguno para representar un sonido más o menos próximo y se intentó resolver el problema planteado por los sonidos que no existían en fenicio, pero sí en griego. Incluso la gran transformación antes mencionada, el empleo de signos consonánticos para representar sonidos vocálicos, puede explicarse de manera general con cierta facilidad: como se ha dicho, /y/ y /w/ sirvieron para representar las vocales más cerradas, y en el caso de los sonidos faringales y glotales, la vocal que seguía al sonido en el nombre de la letra parece haber tenido un papel importante en el timbre atribuido, al menos en el caso de <α> (*ālep*), <ε> (*hē*) (Jeffery 1989, 22).¹ Los problemas surgen, de entrada, cuando descendemos a los detalles y observamos ciertos aspectos menos lógicos, como el hecho de que para representar la fricativa glotal /h/ se adoptara el signo para fricativa faringal sorda ꞥ <h> y no, directamente ꞥ <h>, que representaba precisamente este sonido y que, como hemos señalado, se empleó para la vocal /e/; o como el empleo de ꞥ <q> para representar un alófono uvular [q] de /k/, en un tipo de adopción hiperdiferenciadora (véase Méndez Dosuna 1993),² o las extrañas complicaciones surgidas a la hora de reflejar el único fonema sibilante griego

1 La crítica formulada por Woodard (2010, 35) de que esta explicación “*obscures the ingenuity of the Greek adaptation*” me parece demasiado anclada en una visión de la historia de la escritura concebida como un proceso evolutivo que culmina con el logro del alfabeto como fruto del genio griego.

2 El problema se complica aún más si para fenicio ꞥ <q> se acepta un valor de oclusiva velar eyectiva (Hackett 2008) en vez de uvular.

a partir de la existencia de cuatro signos para sibilante en el modelo fenicio (“the most complicated part of the [Phoenician] alphabet for the Greek tongue”, Jeffery 1989, 25) y, en relación con esto último, el empleo de letras específicas para grupos consonánticos (<ζ>, <ξ>, también <ψ> = /ps/ en algunas variantes alfabéticas).

En el caso de las sibilantes, la dificultad se ve agravada por nuestras dudas sobre el verdadero valor fonológico de las letras fenicias para sibilantes. En la visión tradicional, fenicio *samekh* <s> 𐤌, la letra que está en el origen de griego *ksi* Ξ <ξ> /ks/ representa el sonido /s/, en tanto que *šin* <š>, la letra de la que se hace proceder *sigma* Σ /s/, sería una fricativa palatoalveolar /ʃ/, *šade* <š> de donde vendría la letra para /s/ de algunas variantes locales, conocida como *san* (Μ /s/), sería una fricativa dental eyectiva /s'/ y, finalmente, *zayin* ז <z>, modelo de griego *dseta* Ζ /zd/, /dz/, sería una fricativa dental sonora /z/. Este baile de valores resulta sorprendente, sobre todo el hecho de que la letra que representa el sonido más cercano a griego /s/, *samekh*, haya sido confinada a representar un grupo consonántico (/ks/) (véanse las piruetas de Jeffery 1989, 27 para justificarlo).

Sin embargo, en Hackett (2008) se propone para fenicio *samekh* un valor africado dental sordo /ts/ 𐤌 y para *zayin* un valor africado dental sonoro, y ello permitiría explicar de manera bastante satisfactoria los valores de griego Ξ /ks/ y Ζ /zd/, /dz/. Si en el caso de Ζ la adaptación sería directa, en Ξ tendríamos que una africada dental /ts/ se ha reutilizado para un grupo consonántico que incluye una sibilante (/ks/) /y que existe en posición inicial, por lo que la proximidad estructural y fonética es evidente. Igualmente se propone que *šin* representa la fricativa dental, por lo que su adopción bajo la forma de *sigma* por parte de muchos alfabetos griegos sería igualmente directa. La única letra conflictiva en este cuadro sería Μ *san*, que representaría /s/ pero procedería de la letra fenicia *šade* 𐤌, que representa una africada dental eyectiva /ts'/. En este caso cabría pensar tal vez en una tendencia a confundir formalmente *šade* 𐤌 con *šin* 𐤑. De hecho, acabaron ambas en distribución complementaria entre las variantes alfabéticas arcaicas, en algunos casos en estrecha conexión con la presencia de una *iota* recta o de una *iota* rota (esta última podía confundirse fácilmente con *sigma*, por lo que es habitual que conviva con la forma *san*).

Evidentemente, la de Hackett es una más de las propuestas de explicación de los valores fonológicos de los grafemas fenicios. El siguiente cuadro presenta junto al sistema de Hackett (2008) otras dos propuestas de interpre-

tación (la de Segert 1997, que corresponde a una visión más tradicional, y la de Krahmalkov, bastante idiosincrásica):

	Segert (1997)	Krahmalkov (2001)	Hackett (2008)	griego
𐤆 (<i>zayin</i>)	/z/	[zd] o [dz]	/dz/	Ζ /dz/, /zd/
𐤑 <i>s</i> (<i>samekh</i>)	/s/	/s/	/ts/	Ξ /ks/
𐤓 <i>š</i> (<i>šade</i>)	/sʰ/	[ts]	/tsʰ/	Ϻ /s/
𐤕 <i>š</i> (<i>šin</i>)	/ʃ/	/s/ = [ʃ]	/s/	Σ /s/

Tab. 2. Valor fonológico de las sibilantes fenicias.

Sin embargo, lo que sin duda más complica el estudio del proceso de creación del alfabeto griego y su posterior difusión son dos puntos fundamentales: (1) las variedades alfabéticas locales y (2) los fenómenos fonéticos, tanto en su dimensión geográfica (diferentes dialectos con divergencias en sus inventarios de sonidos) como histórica (cambios fonéticos acaecidos con el paso del tiempo). En época arcaica, tal como estudió ejemplarmente Jeffery en su obra ya clásica y aún insustituible (Jeffery 1989), encontramos diferencias acusadas entre los alfabetos de las diferentes ciudades griegas.

Particularmente remarcable es el hecho de que tales variantes no solo afectan a las formas de algunas letras (por ejemplo, la <β> o la <λ>) sino también a aspectos funcionales, como es la solución del problema de los sonidos oclusivos aspirados que faltaban en el modelo fenicio. Mientras que para /tʰ/ encontramos una solución generalizada en todas las variantes alfabéticas, esto es, el uso de <θ> (que en fenicio representaba una oclusiva dental eyectiva /tʰ/), para /kʰ/ y /pʰ/ unos pocos alfabetos emplean dígrafos en tanto que otros adoptan letras que no existían en el modelo fenicio. Y esta adaptación no es uniforme en el caso de /kʰ/ ya que unas variantes alfabéticas emplean Ψ en tanto que otras usan Χ. La situación es más compleja aún si se piensa que estas dos letras de nuevo cuño pueden representar /ps/ y /ks/, respectivamente, en otras variantes alfabéticas.

Al analizar la variación local es también importante tener en cuenta las transformaciones formales por causas internas. Sistemas lineales como el alfabeto griego presentan siempre en su evolución una tensión entre la tendencia a la uniformidad —se busca dotar al sistema de una coherencia aproximando formalmente unos signos a otros— y la necesidad de evitar la confusión entre

signos. Ello comporta que parejas o incluso grupos de signos evolucionen conjuntamente, ya sea aproximándose, ya diferenciándose. Letras como <γ> y <λ>, o <δ> y <ρ> muestran este tipo de comportamiento. Un caso especialmente significativo es el que ya hemos mencionado brevemente más arriba: la suerte conjunta experimentada por <ι> y <σ>. <ι> nos aparece en los alfabetos griegos arcaicos bajo dos formas: la *iota* recta y la *iota* rota Ϸ (con variantes de tres e incluso cuatro trazos). Mientras que allí donde prevaleció la *iota* recta se empleó la *sigma* de tres o cuatro trazos, en los alfabetos en que se impuso la *iota* rota, al ser demasiado cercana formalmente a la *sigma* se adoptó para representar la sibilante otra letra, la *san* Μ.

Los fenómenos fonéticos son especialmente relevantes en el caso del vocalismo: los dialectos griegos presentaban diferentes timbres vocálicos y estos fueron evolucionando en cada uno de ellos y en la koiné. A ello se suman la existencia de diptongos y los procesos de monoptongación que algunos de estos sufrieron. Un signo vocálico como <υ> representó, a lo largo de los siglos y de las regiones, valores como /u/, /u:/, /y/, /y:/, /i/, /i:/ y un dígrafo como <ει> puede estar representando /ei/, /e:i/, /e:/, /e/, /i/, /i:/. Es llamativo el caso de fenicio 𐤆 <h>; unos alfabetos locales griegos lo adoptaron para representar el sonido /h/ que en griego aparecía solo en posición inicial. Los alfabetos que carecían de signos complementarios para las consonantes oclusivas aspiradas /k^h/ y /p^h/ la utilizaron también para representar estos sonidos mediante dígrafos (KH, ΠH). Pero también sirvió para representar una vocal /e:/ (posiblemente de timbre abierto en la mayoría de los casos, /ε:/). En algunas variantes alfabéticas representó simultáneamente ambos valores. En otras se introdujo una diferenciación formal, escindiendo el signo en dos variantes, una para cada función. En los dialectos afectados de psilosis —pérdida de la aspiración inicial—, la letra se empleó exclusivamente con valor vocálico.

A la hora de abordar el estudio de la adopción del alfabeto griego para poner por escrito una lengua es por tanto fundamental tener en cuenta todos estos factores. Es necesario saber si estamos ante una variante local determinada o la adopción ha tenido lugar cuando el modelo alfabético jónico milesio ya se estaba imponiendo o se había impuesto en sustitución de las variantes locales, proceso que tuvo lugar, como se sabe, a finales del siglo V a. C. (véase el interesante capítulo de Guarducci 1995, 368-390 sobre el modelo milesio y su evolución gráfica). También es importante saber, si ello es posible, qué están reflejando los grafemas, en particular los vocálicos, en el alfabeto griego que sirvió de modelo, no solo en el momento de la adopción a otra lengua sino

incluso durante todo el período en que tenemos documentada dicha lengua. No siempre es fácil disponer de esta información por las imprecisiones cronológicas o por nuestra ignorancia sobre la realidad fonética y fonológica que se oculta detrás de las letras.

1.2. En el presente volumen se establece una diferencia entre escrituras “epicóricas” y “adaptaciones del alfabeto griego”. Esta diferenciación puede parecer de entrada discutible, ya que un alfabeto como el etrusco —tratado aquí como una escritura epicórica— es, también una adaptación del alfabeto griego.

Sin embargo, como veremos, creo que esta diferenciación es adecuada en la medida en que, por diferentes razones, los cuatro sistemas alfabéticos que aquí presentamos —greco-enotrio, greco-osco, greco-ibérico, “galo-griego”— no parecen haber adquirido —o al menos la documentación existente no permite concluirlo— un verdadero estatus de escritura epicórica asociada a una identidad lingüística y cultural que se manifiesta también a través de un sistema gráfico plenamente singularizado. A diferencia de lo que ocurre con la documentación etrusca y la de sus alfabetos derivados, los corpus epigráficos tratados aquí son visualmente apenas distinguibles de la epigrafía griega contemporánea, si no es por la presencia de algún signo particularizador, y no en todas, como veremos. Todos ellos dan la impresión de que no se está adoptando el alfabeto griego para crear un nuevo alfabeto de tipo epicórico, *sino que se está escribiendo la lengua epicórica en alfabeto griego*. Evidentemente, esta misma situación podría estar en el origen de otros alfabetos epicóricos como el etrusco, pero la diferencia estriba en que el alfabeto etrusco presenta una evolución propia e incluso sirve de modelo directo a nuevos alfabetos, como el osco o el umbro, mientras que los casos estudiados en este capítulo apenas muestran señales de haber superado esa fase inicial en la que se escribe la lengua local en alfabeto griego. Será interesante analizar en cada caso las razones —si las hay— para que estos cuatro sistemas de escritura no hayan alcanzado el rango de escrituras epicóricas —al menos a los ojos de la investigación moderna que, significativamente, se refiere a ellos añadiendo el adjetivo greco-/-griego al nombre. También intentaremos ver hasta qué punto esta percepción es del todo cierta o bien hay que introducir algún matiz y reconocer ciertos elementos de desarrollo autónomo de las adaptaciones aquí analizadas.

Los cuatro ejemplos de adaptación del alfabeto griego aquí estudiados comparten de manera obvia un contexto temporal y cultural similar: en los cuatro casos ha debido de existir un contacto directo con usuarios del alfabeto griego. Sin embargo, como veremos, la evidencia varía bastante en cada caso, desde la situación transparente de las adaptaciones en el sur de Italia, ligadas a la proximidad con las colonias de la Magna Grecia, al enigmático de la Península Ibérica, en que falta evidencia material de una vecindad directa, lo que ha llevado a explicaciones alternativas, pasando por las dudas planteadas recientemente sobre si el núcleo irradiador de la adopción y adaptación del alfabeto griego para el galo ha de situarse en la ciudad de Massalia.

2. Adaptaciones del alfabeto griego en Italia, Hispania y Galia

2.1 Adaptación del alfabeto griego al enotrio (y otros posibles dialectos presamnitas)

Hasta los años 90 del siglo XX se tenía noticia de algunas inscripciones en alfabeto griego de tipo aqueo y cronológicamente situables en la primera mitad del siglo V a. C. procedentes del sur de Italia y escritas en una lengua o lenguas diferentes del griego. El material era escaso, confuso, de difícil interpretación. La aparición en 1991 de una estela de cierta extensión en la necrópolis de San Brancato di Tortora (la conocida como inscripción de Tortora, ST Ps 20 = Lucania BLANDA 1),³ en la región de Calabria, supuso disponer por fin de un documento con la suficiente entidad como para afirmar que, en la primera mitad del siglo V, los hablantes de una lengua sabélica anterior a la llegada del osco adoptaron un modelo de alfabeto griego aqueo tomado de alguna de las colonias aqueas de la Magna Grecia. Emplearé aquí el nombre de enotrio para dicha lengua, siguiendo la convención establecida por los primeros editores de la inscripción (Lazzarini y Poccetti 2001).

La estela de Tortora es un cipo inscrito por tres de sus cuatro lados, así como en la parte superior, en escritura de tipo *bustrophedon*, como puede verse en la imagen adjunta de uno de los lados del monumento (fig. 1):

3 Citamos las inscripciones sabélicas de acuerdo con la referencia de Rix 2002 (ST) y —solo en la primera mención en el texto— la de Crawford (2011).

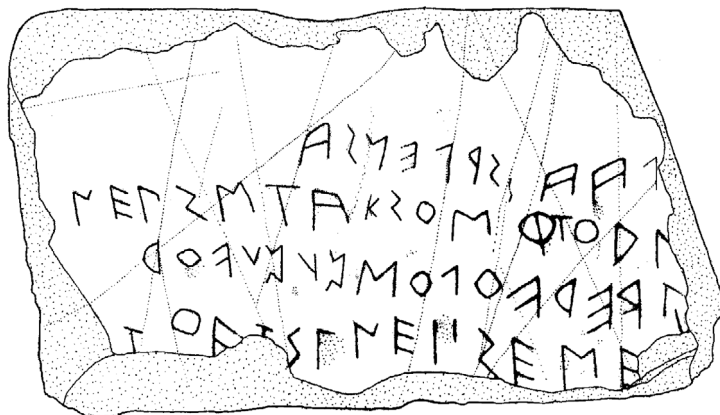


Fig. 1. Inscripción de Tortora. Dibujo del lado C (Lazzarini y Poccetti 2001).

Sin duda pertenece al mismo proceso de adaptación gráfica y al mismo dialecto o a uno muy cercano la inscripción ST Ps 1 = Lucania NERVIVM 1, sobre una olla de terracota procedente de Castelluccio Inferiore, donde estuvo la antigua *Nerulum*, a unos 30 km. de Tortora. Ya en plena zona campania, pero sin duda claramente afin en cuanto al alfabeto y perteneciente a esa misma capa presamnita del enotrio es la inscripción ST Ps 8 = Campania SALERNVM 2, en un *kylix* encontrado en la necrópolis de Fratte di Salerno.

El resto de posible documentación en lengua sabélica presamnita y en alfabeto de origen aqueo es más dudoso. En Rix (2002) solo aparece Ps 2 (= (Brettii) / ? SCOLACIVM 1?), una inscripción de origen incierto con graves problemas de lectura. Escrita sobre un bloque de piedra local de Calabria (Jeffery 1955, 80), en Crawford (2011, 1482-1483) se pone en duda su autenticidad (sería un “*modern ‘jeu d’esprit’*”[!]). Aquí por tanto tomaremos en consideración la inscripción de Tortora (ST Ps 20), la de *Nerulum* (ST Ps 1) y la de Fratte (ST Ps 8).



Fig. 2. Colonias griegas del Sur de Italia y lugares de procedencia de inscripciones presamnitas en alfabeto aqueo.

2.1.1. Orígenes y desaparición del alfabeto greco-enotrio

Los tres documentos aquí considerados pueden situarse genéricamente en la primera mitad del siglo V a. C. Para las dos inscripciones sobre recipientes, Crawford da como datación 500-450 a. C. En el caso de la inscripción de Tortora se trata de un cipo reutilizado en una construcción moderna, por lo que la datación se basa en razones paleográficas, con el riesgo conocido de argumentación circular. En todo caso, que el alfabeto sea aqueo y no el jonio milesio nos sitúa muy probablemente en el siglo V y más al inicio que al final.

Estamos ante un intento de adopción del alfabeto griego empleado en las colonias aqueas de la Magna Grecia para escribir dialectos presamnitas. Este intento convive con otras tradiciones gráficas diferentes en zonas cercanas: en la Campania encontramos que es el alfabeto etrusco, ya en uso, el que sirve de modelo para los textos ópicos, como luego será el modelo del osco con la llegada de los samnitas hablantes de esta lengua. En la zona sorrentina tenemos el llamado alfabeto nucerino, del que luego hablaremos en relación

con el grafema para /f/ en Tortora. Más al norte se encuentra ya la tradición sudpicena, que Benelli considera común con el alfabeto latino (Benelli e. p.).

Este intento no tiene continuidad. Cuando se reintroduzca el alfabeto griego para escribir el osco tras la samnitización del sur de Italia (§ 2.3), la variedad alfabética será la milesia, algo lógico por razones cronológicas.

2.1.2. Características del alfabeto greco-enotrio

El alfabeto que encontramos empleado en Tortora y, por extensión, en los otros dos documentos, responde perfectamente a un modelo aqueo, ya que contiene dos rasgos característicos de esta variedad alfabética: la *iota* de tres trazos y el uso de *san* para /s/.

Α	α	Ϻ	ν
Β	β	Ϟ	ο
Ι	γ	Γ	π
Δ	δ	Ϙ	ρ
Ε	ε	Ρ	ρ
Φ	φ	Μ	σ
Ϝ	ι	Τ	τ
Κ	κ	Υ	υ
Λ	λ	Υ (?)	χ
Μ	μ	Ϝ	φ

Tab. 3. Alfabeto greco-enotrio.

El alfabeto greco-enotrio consta, en la escasa documentación existente, de 20 letras, siempre que se acepte la lectura de la inscripción de Tortora en Crawford (2011), en la que se reconoce la presencia de <γ> y de <χ>. En el caso de <γ>, se trataría de la forma “abreviada” característica del alfabeto aqueo empleado en las colonias (Jeffery 1989, 248). Igualmente característico de algunas variedades del alfabeto aqueo empleadas en las colonias del sur de Italia es el carácter romboidal de <ο> y de <ρ> (lo era también de <θ>, aparentemente no adoptada por el alfabeto enotrio).

En la adopción del alfabeto aqueo para los dialectos presamnitas del sur de Italia se siguió sin duda el ya mencionado principio de estabilidad (§ 1.1): se emplearon las letras griegas para sonidos enotrios compartidos con el griego,

se descartaron las que resultaban inútiles —tal sería el caso de <θ> /t^h/— y se añadió un grafema específico para el sonido /f/, inexistente en el dialecto griego prestador del alfabeto (*cf. infra*). Se copió igualmente el peculiar empleo de <q> para representar /k/ delante de <o>, <v> (separada o no por una consonante: <q(C)o>, <q(C)v>; *vid.* Méndez Dosuna 1993). Los tres ejemplos del uso de <q> en Tortora siguen esta regla: ροβετιϕτο, ρτο[το], τακιοσϕτοδ. No obstante, la regla gráfica no se cumple en el caso de A 2 κυρ υγ[(lectura de Crawford 2011). Dada la escasez de material no es fácil establecer si por algún motivo la regla fue modificada en el alfabeto de Tortora, limitando su uso a <q(C)o>, si no fue seguida escrupulosamente por los adoptadores o si, simplemente —y es lo que parece más probable— el empleo de <q> estaba cayendo ya en desuso en el propio modelo griego y el autor de la inscripción enotria no hace más que reflejar las vacilaciones propias del alfabeto modelo. Recuérdese que, como explica Jeffery (1989, 249), el uso de *qoppa* en las colonias aqueas debió de desaparecer a inicios del siglo V a. C, aunque se mantuviera en las leyendas monetales de Crotona hasta el 250-225 a. C. o más tarde.

Un aspecto conflictivo es la presencia o no en la inscripción de Tortora de una letra Ψ que en el modelo aqueo representaba la oclusiva sorda aspirada velar /k^h/. En la edición de Crawford (2011) se propone leer en la cara B Ψ <χ> en la secuencia αχιρνεvi[α (mientras que la *editio princeps* trae una laguna en lugar de la letra).⁴ No está claro qué estaría representando esta letra, ya que en principio no esperaríamos una oclusiva velar aspirada sorda en un dialecto sabélico, si no es como consecuencia de un cambio particular de dicho dialecto. Si se hubiera deseado representar un sonido /h/ o /x/, el alfabeto aqueo ofrecía la letra Η para dicho valor (no aparece ningún ejemplo en Tortora, pero la ausencia puede ser casual). Dado que la secuencia en cuestión podría ser un topónimo (según Lazzarini y Poccetti 2001), puede tratarse de un topónimo griego que incluyera el sonido /k^h/. Pero ¿qué topónimo? La presencia de esta letra en el alfabeto greco-enotrio debe considerarse por tanto pendiente de confirmación.

2.1.3. Paleografía

El empleo de <q> o el carácter *bustrophedon* del cipo de Tortora son rasgos que, desde la perspectiva del alfabeto griego empleado en las colonias aqueas del sur de Italia pueden considerarse claramente arcaicos o arcaizantes.

4 Una secuencia similar aparece en la cara C, pero allí no queda trazo alguno del signo. En Crawford se integra [χ] a partir de la lectura del otro testimonio.

Ya hemos señalado que, desde principios del siglo V a. C., <q> ha desaparecido de las inscripciones y el empleo de *bustrophedon* había ido abandonándose, según Jeffery, hacia el final del siglo VI. Coherente con este escenario cronológico es el empleo de F con coda, que Jeffery ve en desuso en 475-450 a. C, y por esa misma época la *iota* rota y *san* empezaron a ser reemplazadas por la *iota* recta y *sigma* (Jeffery 1989, 249). Igualmente, las formas de < μ > y de < ν > que encontramos en Tortora presentan un aspecto similar a las que aparecen en las inscripciones más antiguas en alfabeto colonial aqueo.

La principal innovación del alfabeto de Tortora es el empleo de un nuevo signo para <f>, Z . Establecer el origen y genealogía del signo es un asunto complicado. Encontramos el mismo signo empleado en el alfabeto sudpiceno para representar /w/ —transcrito < ν > (en tanto que /f/ es representado por una forma : que procede de la letra δ propia de los alfabetos de tradición etrusca para el sonido /f/). Sin embargo, el uso de la letra Z < ν > = /w/ en sudpiceno se limita a unas pocas inscripciones, ya que en otros casos es la letra <u> (y, en posición interior, al parecer también la letra <ú>) la que se emplea para representar un sonido /w/ o similar.

Un signo Z aparece también en el alfabeto nucerino, pero no está claro qué representa. Los pocos ejemplos admiten tanto una interpretación /w/ como /f/. Además, la presencia de una letra diferente para /w/ de forma C —lo que apoyaría un valor /f/ de Z — no es segura, ya que aparecen en inscripciones diferentes y podrían por tanto ser variantes de la misma letra.⁵

Sea como fuere, desde un punto de vista formal, la letra Z es claramente ajena al modelo alfabético aqueo que está en el origen del alfabeto de Tortora: ni es una letra griega, ni parece una modificación de una forma que existiera en el modelo aqueo (ya que, en este, *digamma* tenía la forma F). Dada su proximidad formal con variantes de *digamma* que encontramos en otros alfabetos griegos (C), pero no en el colonial aqueo, lo más lógico es suponer que fue tomado prestado de un alfabeto diferente, y que este tuviera alguna relación con los alfabetos nucerino y sudpiceno. La forma C para <f> la encontramos en la variante alfabética euboica y por ahí pudo llegar a estos alfabetos locales. Una cuestión fundamental, pero imposible de responder por la falta de documentación, es si la forma de extremos ganchudos con la que el signo aparece en

5 Sobre estos signos en alfabeto nucerino, véase Russo (2005), que da a Z un valor /f/ y lo distingue de C < ν >. En Crawford (2011, 16) se atribuye a Z un valor “c or g as in early Latin”, lo que resulta ciertamente muy sorprendente.

nucerino, sudpiceno y en Tortora, L , fue una modificación de L para otorgarle un valor diferente —lo que favorecería la idea de que en nucerino representa también <f> y que en sudpiceno es una adquisición secundaria— o bien se trata de una transformación digamos estética de la letra. Esta última hipótesis no debiera descartarse a la vista del alfabeto nucerino, en la que encontramos formas peculiares para otras letras (la forma “arbórea” de <s>, por ejemplo).

Las otras dos inscripciones que presentan un alfabeto aqueo no aportan novedades en relación con el testimonio de Tortora. En ambas notamos la presencia de *iota* rota como elemento característico. En la inscripción de *Nerulum* vemos también el empleo de la forma arcaica de < μ > M (aunque con el trazo más largo vertical, no inclinado, M) y de < ϵ > (con cauda = E). Rix (2002) propone leer esta letra, en sus dos apariciones en *Nerulum*, como < σ > ($\text{τουτικε}\sigma\ \text{διπ}\sigma\text{τερε}\sigma$), una lectura sin duda basada en su propia interpretación de la inscripción y que ha de ser tajantemente rechazada ya que las letras son claramente < μ > y no pueden ser confundidas de ningún modo con la letra *san* M empleada para < σ > en este tipo de alfabetos (lectura correcta: $\text{τουτικε}\mu\ \text{διπ}\sigma\text{τερε}\mu$ en Crawford 2011).

Como ocurre en los demás casos de adaptación que tratamos en este capítulo, vemos que la adaptación del alfabeto ha sido sencilla y sin demasiadas modificaciones, pero queda siempre la duda de si precisamente por ello se está dejando de grafiar algunos aspectos relevantes de la lengua enotria. Dicho de otro modo, ¿se ha ajustado el enotrio al alfabeto griego, dejando por el camino elementos fonológicos o fonéticos relevantes? El problema de /f/ se solucionó con un nuevo grafema, pero podemos tener dudas sobre la cuestión del vocalismo. Sabemos que en protosabelio parecía existir una diferenciación de los timbres vocálicos, heredada por sudpiceno, osco y umbro, que un sistema gráfico como el del alfabeto aqueo, con cinco grafemas vocálicos, no podía reflejar bien. A ello se suma la existencia de diptongos, que en el caso de los dialectos sabélicos arcaicos presentaban una tendencia a la monoptongación. Nada de esto parece reconocerse en el texto de Tortora, aunque realmente no da mucho de sí por su relativamente corta extensión y por las dificultades de interpretación. Puede verse como inventario vocálico < α , ϵ , ι , o , u , $\alpha\iota$, $\epsilon\iota$, $o\iota$, $\alpha\upsilon$, $o\upsilon$, ou (ante F : $ou\text{F}$)>.

En conclusión, Tortora y los otros dos testimonios nos ofrecen un empleo del alfabeto colonial aqueo para el reflejo de un dialecto o unos dialectos que desaparecieron del registro escrito como consecuencia de la samnitización. La singularidad del alfabeto aqueo, con su *iota* rota, el empleo de *san* para

la sibilante y otros rasgos formales ya comentados, permite individual claramente esta adaptación muy limitada en el espacio y en el tiempo.

2.2. Adaptación del alfabeto griego al ibérico

El empleo del alfabeto griego para escribir la lengua ibérica, a diferencia de lo que ocurre con la escritura paleohispánica, se circunscribe en principio a un área geográfica muy limitada, la región llamada Contestania en las fuentes clásicas, en la actualidad una zona repartida entre las provincias españolas de Alicante y Murcia. Por ello resulta sorprendente el reciente hallazgo de una cerámica en greco-ibérico en Gibraltar (yacimiento de la cueva de Gorham, Zamora *et al.* 2013, *BDH* GIB 01.01). El carácter ibérico de la lengua del epígrafe parece fuera de toda duda (con un posible ejemplo de la palabra *eban*) y el alfabeto es claramente afín al alfabeto jonio empleado en la Contestania. La explicación más simple es suponer que se trata de un objeto trasladado a la cueva con finalidades votivas pero elaborado epigráficamente en la zona de empleo del alfabeto greco-ibérico. Sin embargo, como se señala en la *editio princeps*, la cerámica podría haber sido elaborada en una zona más próxima a Gibraltar, lo que obligaría a una explicación más compleja si se desea mantener la idea tradicional del carácter geográficamente muy limitado del empleo y difusión del alfabeto greco-ibérico. Dado por ahora el carácter muy reciente, aislado y excepcional de este hallazgo, en el presente capítulo seguiremos la visión tradicional que limita a la Contestania el uso mínimamente continuado de la escritura greco-ibérica. También de fuera de la Contestania, pero de Sagunto, en el vecino país de los edetanos, procede un plomo (*BDH* V.04.29).

El corpus actual de inscripciones greco-ibéricas consta de 36 epígrafes, 10 sobre plomos y 26 en cerámica. Mientras que la atribución al ibérico de los textos sobre plomo no plantea problemas, dado que en general suelen tener suficiente entidad como para reconocer rasgos específicamente propios de la epigrafía greco-ibérica, ya sea en el empleo de determinadas letras o en la presencia de secuencias identificables lingüísticamente como ibéricas, varios de los 26 textos sobre cerámica plantean problemas de atribución, aunque generalmente se ha optado por considerarlos greco-ibéricos atendiendo al lugar de hallazgo. En la base de datos Hesperia se arrojan claras dudas sobre el carácter greco-ibérico de cuatro de ellos. Las dudas pueden hacerse extensivas a otros grafitos que constan solo de unas pocas letras aisladas. Consideraciones sobre el *ductus* de las letras para considerar como greco-ibéricos o no los grafitos son muy discutibles, ya que nada sabemos del *ductus* que pudo tener

el alfabeto griego que sirvió de modelo. En todo caso, en general estos grafitos presentan un *ductus* similar al de los plomos. Algunos de ellos incluyen la letra especial para la segunda vibrante (ϝ). En tales casos, la atribución al alfabeto greco-ibérico es indiscutible.

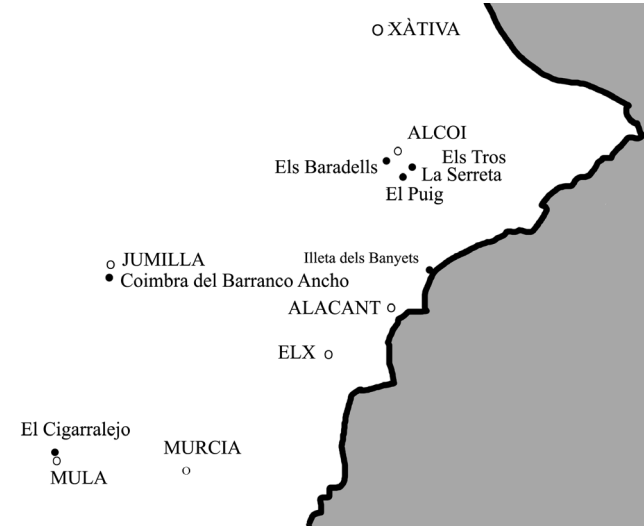


Fig. 3. Lugar de procedencia de las inscripciones greco-ibéricas de la Contestania.

2.2.1. Orígenes y desaparición de la adaptación

Si la datación de los plomos es en general problemática, los materiales cerámicos sí permiten establecer en muchos casos una cronología bastante precisa. La inmensa mayoría de los objetos pueden encuadrarse en un período comprendido entre el 380 y el 325. Solo en un par de casos la cerámica admite una datación que supera por lo alto el límite del siglo IV (*BDH* A.08.08, 425-375 a. C.; A.08.13, finales del V a. C.), pero en ambos casos la brevedad del grafito impide saber si el grafito está en griego o en ibérico.⁶

Por consiguiente, la fecha de la adaptación de la escritura tiene como *terminus ante quem* las primeras décadas del siglo IV a. C. Atendiendo a esto y a consideraciones de tipo paleográfico, Javier de Hoz sugirió como fecha el segundo cuarto del siglo V, esto es, 475-450 a. C.

6 *BDH* A.08.08 es uno de los cuatro grafitos cuya adscripción al ibérico es considerada dudosa en la base de datos Hesperia. *BDH* A.08.13 consta solo de dos letras formalmente banales, <λα>, por lo que puede ser tanto greco-ibérico como simplemente griego.

Un aspecto interesante del alfabeto greco-ibérico es su relación con el empleo de las otras dos variantes escritas del ibérico, el signario meridional y el levantino. De Hoz (1987) incide en gran medida en la al parecer necesaria influencia cultural de tales tradiciones gráficas que explicaría la creación del alfabeto greco-ibérico, y en la convivencia del greco-ibérico al menos con el levantino. Lo cierto es que, en términos cronológicos y geográficos, si pensamos en el ámbito estricto de la Contestania —dejando de lado el caso de la cueva de Gibraltar—, da la impresión de que estamos ante un fenómeno muy localizado de adopción de la escritura que no presupone —o al menos no hay documentación clara al respecto— la convivencia inicial con el signario paleohispánico. Dicho de otro modo, podría tratarse de una iniciativa local, fruto del contacto con la presencia griega, de codificación escrita del ibérico, y sería precisamente la inexistencia de un uso previo del sistema paleohispánico lo que explicaría la creación del alfabeto greco-ibérico. Las necesidades comerciales podrían justificar este uso: vista la utilidad de los textos sobre plomo para las operaciones comerciales empleados por los griegos, se adopta el soporte y tipo de documentos y se adopta la escritura. En otros lugares del dominio lingüístico ibérico en los que ya existía una tradición escrita, se adoptó soporte y tipo, pero no, evidentemente, la escritura griega, sino que se utilizó la propia paleohispánica.

La duración del alfabeto greco-ibérico fue al parecer muy limitada. Aunque no tenemos datación posible de todos los documentos, la escritura parece haberse empleado durante el siglo IV a. C., no más recientemente.

2.2.2. Características del alfabeto greco-ibérico

El alfabeto greco-ibérico consta de 16 letras. En uno de los plomos aparecen también unos signos numerales y también está documentado el empleo de signos de separación:

A	a	/a/	N	n	/n/		
⊖	b	/b/	◊	o	/o/		
Γ	g	/g/	▷	r	/r/?		
Δ	d	/d/	▷'	í	/r/?		
H	e	/e/	Σ	ś	/s/		
I	i	/i/	T	t	/t/		
K	k	/k/	V	u	/u/	< X Σ	signos numerales
Λ	l	/l/	Π	s	/ts/?	: :	signos de separación

Tab. 4. Alfabeto greco-ibérico.

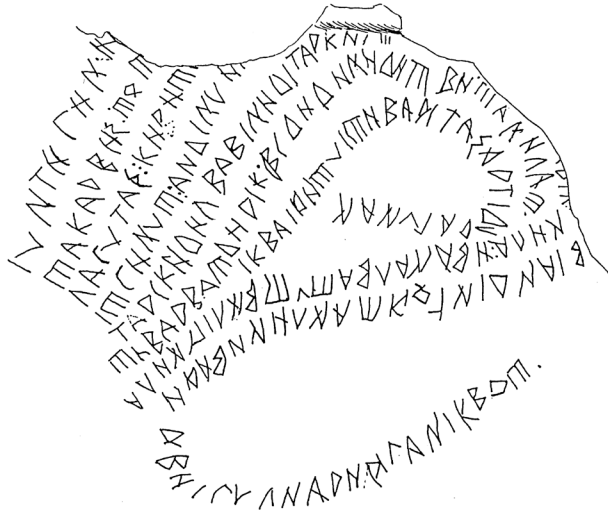


Fig. 4. Plomo de El Cigarralejo, BDH MU.04.01 = MLH G.13.1.

El alfabeto greco-ibérico es uno de los ejemplos más simples y lógicos de adaptación de una escritura. El modelo es claramente el alfabeto jónico. Apelando al principio de estabilidad, se confrontaron los dos sistemas fonológicos, se descartaron las letras innecesarias porque no reflejaban sonidos de la lengua adoptadora, se aplicaron de manera directa los signos que representaban sonidos con correspondencia fonológica en ibérico y se resolvieron los escasos problemas planteados por sonidos no existentes en el alfabeto prestador.

En este sentido, resulta particularmente interesante observar que el alfabeto greco-ibérico carece de una letra que en griego resulta básica, <π>, pero ello es totalmente coherente con el sistema fonológico que se desprende del ibérico documentado en signarios paleohispánicos, en el que el sonido /p/ está igualmente ausente (su aparición en transcripciones griegas y romanas de nombres ibéricos se considera simplemente una realización alofónica [p] de /b/ en determinados contextos, *cf.* Velaza 2019, 171-172).

Menos claro es el caso de las nasales: en el alfabeto greco-ibérico solo aparece empleada <v>, mientras que otra letra básica del alfabeto griego, <μ>, está totalmente ausente de la documentación. Ello contrasta con el sistema gráfico nororiental ibérico, en el que encontramos al menos tres signos para nasales <m>, <m̄> y <n> (con una posible cuarta nasal <n̄>, *cf.* Ferrer y Moncunill 2019, 83; la situación en el sistema suroriental es mucho menos clara).

Aparte de estas ausencias, tres son los rasgos más singulares del alfabeto greco-ibérico:

-empleo de Η *eta* y descarte de Ε *epsilon* para representar /e/.

-diacritización de ϐ <ρ> (ϐ') para representar una segunda líquida vibrante ausente en la lengua prestadora.

-empleo de Π *sampi* para representar la segunda sibilante ibérica.

Curiosamente, es la primera de estas particularidades, en apariencia trivial, la que más difícil resulta de explicar. ¿Hemos de suponer que /e/ en ibérico —al menos en el ibérico de la Contestania en el momento de la adopción del alfabeto— era articulado más bien como [ε], lo que explicaría el empleo de <η> —que representaba esta vocal *e* abierta en jonio— en lugar de <ε>? Una explicación alternativa sería justamente la contraria: <ε> y <η> sonaban igual a oídos ibéricos y, o bien desde un principio se optó, convencionalmente por <η> para /e/, o bien en una primera fase, no documentada, se emplearon ambas letras hasta que, de modo igualmente convencional, se descartó <ε> en favor de <η>. Nótese que cada una de estas explicaciones podría responder a procesos muy diferentes de adopción de la escritura: en el primer caso la elección de <η> parece determinada por un hablante de griego que distingue entre timbres y que ve en ibérico /e/ una articulación más bien abierta. En la segunda tenemos un proceso de adaptación local que supone, al menos en algún momento, llevar a cabo una elección consciente pero puramente gráfica, digamos “estandarizadora”, de la letra <η>.

En el caso de la diacritización, estamos ante un procedimiento bien conocido, aunque documentado de manera dispersa, en los sistemas alfabéticos griegos o de origen griego. La diacritización sirvió tanto para diferenciar letras que habían tendido a parecerse peligrosamente —piénsese en los ejemplos de *delta* y *rho* en algunas variantes alfabéticas arcaicas griegas, en R <r> frente a P <p> en el alfabeto latino, o en R̥ <š> frente a P <t> en el alfabeto cario de Cauno— o para introducir una diferenciación de sonidos, normalmente cercanos. Tal es el caso de latín <G> surgido de la diacritización de <C>, o de formas del tipo Đ en diferentes alfabetos de origen latino, tanto en época antigua —peligno o latino-celta, por ejemplo— como medieval (cf. la letra ð (*eth*) en alfabetos latinos empleados para lenguas germánicas). En el caso del greco-ibérico tendríamos este segundo tipo de diacritización. Que esta marca sea en origen una *iota* y que mediante una secuencia <ρ'> se intentara

representar una articulación de vibrante palatoalveolar o palatalizada es una hipótesis atractiva pero excesivamente especulativa.

Una atención especial merece sin duda la aparición de *sampi* Π en el alfabeto greco-ibérico. *Sampi* (Τ en su forma arcaica más habitual, que le da un aspecto de *tau* con dos trazos verticales en los extremos) está atestiguada en el alfabeto jónico de diferentes localidades (Éfeso, Halicarnaso, etc.) para representar un tipo de sibilante diferente de /s/ (para la que el alfabeto jonio emplea *sigma* Σ). Esta sibilante había surgido secundariamente en algunas variantes dialectales y también aparecía en nombres extranjeros (por ejemplo, en nombres carios).

En los estudios ibéricos sigue dominando (cf. Ferrer y Moncunill 2019) la idea repetidamente sostenida por Javier de Hoz (1987; 2009) de que, en el momento de la adaptación del alfabeto jónico al ibérico, la letra *sampi* “ya no estaba ya en uso como grafema propiamente dicho en jonio (...) pero que seguía ocupando, como lo ocupa aún hoy día, un lugar en el alfabeto gracias a su función de signo numeral” (De Hoz 2009, 32). Según de Hoz, el signo habría conservado en su nombre el sonido que representaba (tal vez un nombre *tsi* o similar) y de aquí habría surgido el empleo de la letra para la segunda sibilante ibérica.

Sabemos, sin embargo, que, cuando se abandonó el empleo de *sampi* en diferentes variedades alfabéticas jónicas, su función fue reemplazada por <σσ> o <ξ>, y estas soluciones, o el reciclaje de <ψ> o de <ζ>, o incluso el empleo de marca diacrítica (paralela a ρ' para la segunda líquida vibrante ibérica en este mismo alfabeto) resultarían estrategias *a priori* más esperables que la reutilización de lo que había pasado a ser un simple signo numeral, cuyo nombre antiguo desconocemos. Por ello, es perfectamente razonable que cuando el alfabeto greco-ibérico fue adoptado, la letra existiera con su pleno valor en el alfabeto jonio que actuó de modelo.

Quizás una de las razones que llevaban a de Hoz a considerar que *sampi* ya no existía en el alfabeto modelo era el hecho de que *sampi* no aparezca empleado ni en la epigrafía arcaica de Focea, de donde procedían los colonos jonios del Mediterráneo occidental, ni en la de Samos del siglo V a. C.,⁷ en la

7 *Sampi* sí aparece en un alfabetario grafiado sobre una jarra y hallado en el hereo de Samos, ocupando el lugar inmediatamente siguiente a <ω>, pero se trata de una inscripción muy arcaica, datada en la segunda mitad del siglo VII a. C. (vid. Johnston apud Jeffery (1989, 471 y lámina 79, nº 7).

que de Hoz veía claras afinidades con el alfabeto greco-ibérico. Dicho sea de paso, la ausencia en Focea puede ser casual dado la escasísima documentación epigráfica disponible.

Sin embargo, ahora está claro gracias a los estudios numismáticos, que en el siglo V se acuñaron monedas en Massalia (Marsella) en las que el nombre griego de la ciudad (Μασσαλία) aparece escrito con la letra *sampi*. Son leyendas que habían sido erróneamente interpretadas como MAT, MATA. pero que, a partir de Furtwängler 1987) y de los trabajos más recientes de Chevillon (2001, 2013, 2017) ha quedado claro que se trata de ΜΑΠ, ΜΑΠΑ, esto es, el inicio del nombre Μασσαλία escrito con *sampi*, ΜΑΠΑλία (*vid.* diversos trabajos recientes de Chevillon).⁸ Estas monedas se sitúan cronológicamente en el llamado período preclásico (460- ca. 400 a. C.), y Chevillon las data en la franja más antigua del período, ca. 460-450 a. C.⁹ Ello significa, por tanto, que en el alfabeto jonio empleado en Massalia a mediados del siglo V a. C. —posible fecha de la creación del alfabeto greco-ibérico, según de Hoz— la letra *sampi* era todavía un grafema plenamente funcional que representaba un tipo especial de sibilante.



Fig. 5. Moneda de Massalia: reverso con la leyenda ΜΑΠΑ Μασσα(λία) (Chevillon 2001).

-
- 8 En Johnston *apud* Jeffery (1989, 464) se da cuenta de estas monedas de Massalia con *sampi* en la leyenda, a partir de las publicadas en Rolland (1945), pero sin referencia alguna a Furtwängler (1987).
- 9 En Johnston *apud* Jeffery (1989, 464) se sugiere, con dudas, una datación más baja, en la fase final del período preclásico: ca. 425-400? No tengo claro si la datación de Chevillon está determinada por el factor paleográfico de la presencia de *sampi* y las fechas generalmente dadas para su desaparición. Si fuera así, podríamos estar ante una argumentación circular.

Por tanto, el signo estaba en pleno funcionamiento en el alfabeto griego de tipo jonio que los griegos procedentes de Focea empleaban en Massalia a mediados del siglo V y, consecuentemente, podía estarlo en el alfabeto jonio que llegó a las costas de la Contestania y que por esas mismas fechas fue adaptado para escribir el ibérico.

Si este alfabeto que sirvió de modelo al greco-ibérico venía directamente de Focea o más bien de Massalia, o de un tercer lugar que empleara un alfabeto jónico, es por ahora imposible de precisar, dadas las características de los materiales epigráficos disponibles. De Focea en época arcaica, Jeffery (1989) menciona solo dos testimonios: una leyenda monetal y un grafito de ocho letras escrito por un focense en Naucratis (Egipto). En el corpus de inscripciones griegas *PHI* no hay una sola inscripción de Focea de época arcaica. Es, por tanto, imposible hacerse una idea de cómo era el alfabeto empleado en Focea en esa época. De Hoz encontraba semejanzas entre el alfabeto greco-ibérico y el de otra ciudad jónica, Samos, mejor documentado en época arcaica, pero evidentemente nada se puede concluir si no podemos hacer entrar en la comparación la epigrafía focense.

Extrañamente, no parece que la epigrafía de Massalia (y la de Emporion, fundación masaliota) haya sido traída a colación a la hora de discutir el origen del sistema greco-ibérico. Es cierto que la, por otra parte, escasa documentación epigráfica arcaica de Massalia no presenta rasgos específicos comparables con el alfabeto greco-ibérico —más allá de la ya destacada y a mi juicio muy relevante presencia de *sampi* en las leyendas monetales— pero también es verdad que resulta aventurado extraer conclusiones de determinadas singularidades formales que quizás son consecuencia de un desarrollo interno. Un ejemplo de ello es la forma de <o>, que aparece en la mayoría de los documentos greco-ibéricos con aspecto romboidal (◊). Podría considerarse un rasgo característico del alfabeto modelo, y diferenciado de los ejemplos de O redonda tanto de Massalia como de los plomos de Emporion del siglo V, pero puede ser una variante interna desde el momento en que la forma circular O aparece en el plomo de Sagunto (*BDH* V.04.29). También es utilizada en la cerámica más antigua fechable, que presenta un grafito ambiguo (|ιτο|; podría ser igualmente griego, *cf. supra*).

2.2.3 Paleografía

Quizás desde el punto de vista paleográfico los dos rasgos más sobresalientes del alfabeto greco-ibérico son la forma de *rho*, sistemáticamente triangular y en general, pero no siempre, sin prolongación inferior del asta, y la forma de *sampi*, en la que los trazos verticales externos igualan en longitud al asta central (Π) frente al tipo de *sampi* de otros alfabetos (incluido el de las leyendas monetales de Massalia) en que el asta central es más larga (Π). Una vez más, sin embargo, es exagerado sacar conclusiones de ambos rasgos: la forma triangular de *rho* alterna con la redondeada en muchos alfabetos arcaicos y es la que presenta en el plomo más pequeño de Emporion (P, véase Santiago y Sanmartí 1989, Tafel 1). En cuanto a *sampi*, si bien los ejemplos monetales de Massalia presentan el asta central más larga, también es cierto que se observa una clara tendencia a igualar las tres astas, como puede verse en la figura siguiente de otra emisión monetar en la que aparece la letra *sampi* en solitario.



Fig. 6. Moneda de Massalia, reverso con *sampi* (Chevillon 2013).

Da la impresión —pero esto no puede confirmarse por falta de evidencia— de que estamos ante una tendencia a estandarizar las formas \triangleright y Π en el alfabeto greco-ibérico como un proceso de tipo interno, coherente con la imagen claramente homogénea que presenta el alfabeto greco-ibérico en casi toda su documentación. Tal vez a la adopción de una forma singular en ambos casos haya contribuido el estatus especial que ambas letras tienen en el alfabeto: una representa directamente un sonido propio del ibérico y se mantuvo en el sistema mientras desaparecía en el sistema alfabético griego; la otra entra en juego con una forma diacritizada para distinguir dos tipos de vibrantes frente a la única vibrante del modelo griego. El resto de las letras del alfabeto greco-ibérico son tan banalmente jónicas (*lambda* simétrica, *psilon* sin asta, etc.) que nada impide que el alfabeto proceda de Massalia, como podría venir directamente de Focea o de otra localidad que empleara esta variedad alfabética.

En este sentido es interesante recordar que de Hoz, entre otros autores, apuntaba a Hemeroscopion-*Dianium* (posiblemente la actual Denia, en la costa de Alicante) como uno de los asentamientos griegos en el territorio de la Contestania por donde podría haber llegado el alfabeto griego. De Hoz habla genéricamente de fundación focea, pero la fuente de ello, Estrabón, se refiere, en el caso de Hemeroscopion-*Dianium* y de otros dos asentamientos que no nombra, a Massalia como el lugar de origen de los colonos.

En conclusión, el alfabeto greco-ibérico es una adaptación de un modelo jonio. Atendiendo a las fuentes clásicas, el principal candidato habría de ser un alfabeto masaliota, ya que Massalia aparece detrás de las colonias griegas de la Contestania, entrada natural del alfabeto —aunque la falta de evidencias arqueológicas de estas colonias sea un problema que siempre ha creado controversia sobre las informaciones de las fuentes. El alfabeto muestra algunos indicios de cierta estandarización, ya que las soluciones para sonidos peculiares (diferencia de dos vibrantes, existencia de una segunda sibilante) presentan un aspecto un tanto singular y bastante uniforme en la documentación. Sin embargo, está claro que es un alfabeto que, en el período de uso que tenemos documentado y que quizás no es muy extenso en el tiempo, apenas desarrolló elementos singularizadores que marcaran una identidad gráfica notable: la letra *sampi* existía en el alfabeto modelo y muy posiblemente (*contra* J. de Hoz) era plenamente funcional en él en el momento de la adaptación al ibérico. En el caso de la diferenciación de vibrantes, se recurrió al empleo de una marca diacrítica en vez del reciclaje de un signo o la creación de uno nuevo.

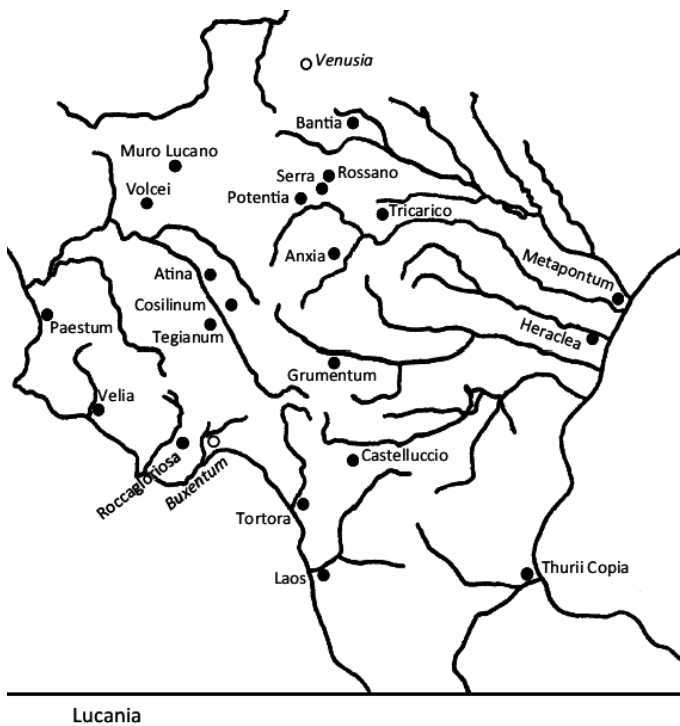
2.3. Adaptación del alfabeto griego al osco

2.3.1. Orígenes y desaparición.

La lengua osca conoció al menos tres sistemas alfabéticos diferentes para su codificación: el llamado alfabeto nacional osco (un alfabeto de origen etrusco empleado en el Samnio y la Campania); el alfabeto latino, que fue empleado de manera ocasional en Lucania, sobre todo en la confección de la célebre *Tabula Bantina* (un texto oficial de la ciudad de Bantia), así como también se utilizó para escribir dialectos oscos septentrionales (el peligno, el marrucino y el vestino) y, finalmente, el alfabeto griego, que fue adoptado por los hablantes oscos de Lucania y el Brucio, en el sur de Italia, y también por los mamertinos oscófonos de la ciudad siciliana de Mesana (la actual Mesina).

La expansión de la lengua osca por los samnitas a lo largo de la Campania, la Lucania y el Brucio parece haber desplazado las lenguas locales que pertenecían a la misma familia lingüística, la sabélica, pero a una rama diferente, la que Rix (2002) califica como presamnita-sudpicena, aunque las evidencias para hablar de un grupo unitario son por ahora un tanto escasas. En la sección 2.1 hemos visto una de ellas, el enotrio, hablada en la Lucania. En la Campania tenemos documentado el ópico, tanto en alfabeto de origen etrusco como en un alfabeto de aspecto ya claramente osco, lo que puede interpretarse como una pervivencia de la lengua presamnita después de la llegada de los samnitas (Adiego 2015).

El alfabeto nacional osco debió de ser creado a partir de su modelo etrusco por las fechas de la conquista samnita de Capua, en la segunda mitad del siglo V a. C. La subsiguiente samnitización del Brucio y Lucania supuso a su vez la adopción del alfabeto griego empleado en las colonias de la Magna Grecia.



- Thurii - site with South Oscan or 'Pre-Samnite' inscription(s)
- Buxentum - Other site

Fig. 7a. Lucania
(McDonald 2015).

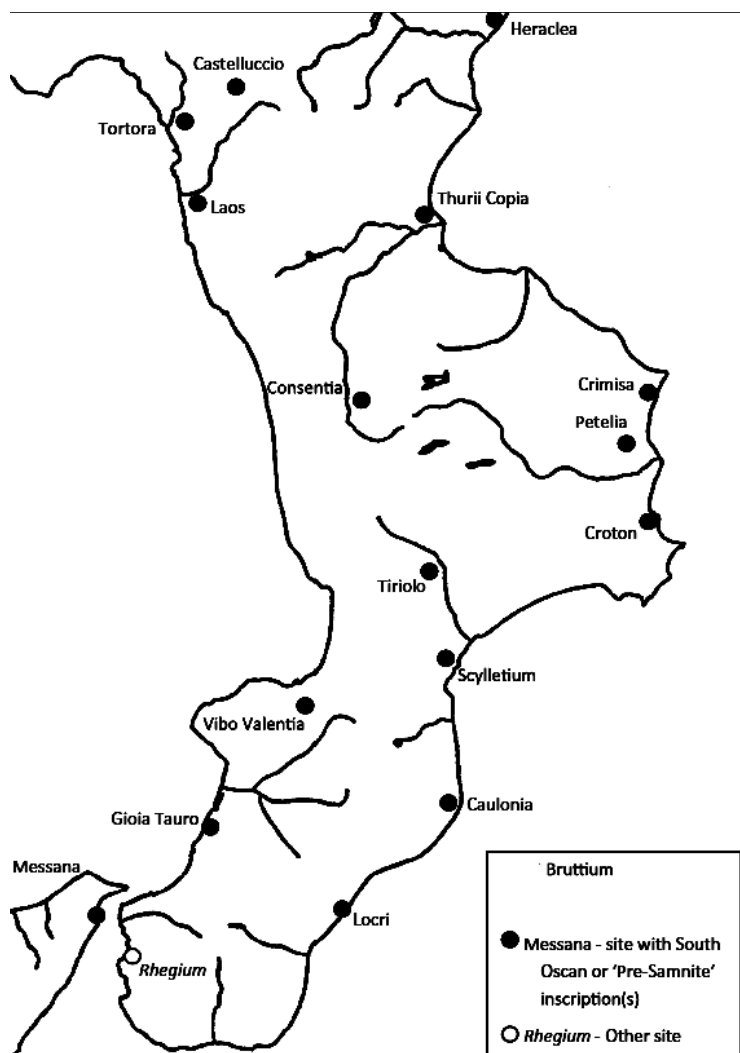


Fig. 7b. El Brucio (McDonald 2015).

Esta adopción puede situarse por tanto en las décadas finales del siglo V. De hecho, las inscripciones en alfabeto greco-osco más antiguas que pueden datarse tienen como límite cronológico más alto el 400 a. C. En la fecha de adopción ya se había extendido el uso del alfabeto jónico milesio como alfabeto estándar, por lo que fue este el que sirvió de modelo al alfabeto greco-osco. Ello marca una importante diferencia en relación con los otros alfabetos de origen griego empleados en el Sur de Italia: el greco-enotrio (*cf. supra*), de origen aqueo, y el etrusco y sus derivados, de origen euboico.

La epigrafía greco-osca desaparece en el primer cuarto del siglo I. a. C. La última inscripción greco-osca que puede ser datada es *ST Lu 18 = Crawford 2011, LUCANIA-CALABRIA-SICILIA 3*, un epígrafe sobre un *kántharos* encontrado en Alesia (Galia) para el que se da la fecha de *ca. 75 a. C.* Dado que fue hallado en territorio galo, la atribución al osco no es del todo segura, aunque a partir de la interpretación de Lejeune —que primero la consideró un testimonio galo-griego— se suele preferir su origen itálico. Si dejamos de lado este ejemplo dudoso, no parece haber ningún documento en greco-osco que sea posterior a la Guerra de los Aliados (91-87 a. C.). Quizás la inscripción indudablemente greco-osca más reciente sea *ST Lu 41 = Crawford 2011, Lucania TEGIANUM 1*, que La Regina (2002, 59) data hacia el 90 a. C. con argumentos bastante convincentes.

2.3.2. Características del alfabeto greco-osco

El inventario de letras empleadas en el alfabeto greco-osco asciende a 25 (26 si se admite <ϕ>, *cf. infra*), aunque hay que señalar, como veremos, que algunas fueron incorporadas a lo largo de la historia del empleo del alfabeto.

A Ἀ Ἀ	α	Ν	ν
B Β	β	Ξ	ξ
Γ	γ	Ο	ο
Δ	δ	Π Π	π
E	ε	Ρ	ρ
Ε	ϵ	Σ C Σ	σ
Z	ζ	Τ	τ
Ϝ	h	Υ	υ
H	h, η	Φ ?	φ ?
I	ι	Χ	χ
K	κ	Ψ	ψ
Λ	λ	Ω	ω
M	μ	Θ Ϻ S Ϻ	f

Tab. 5. Alfabeto greco-osco.

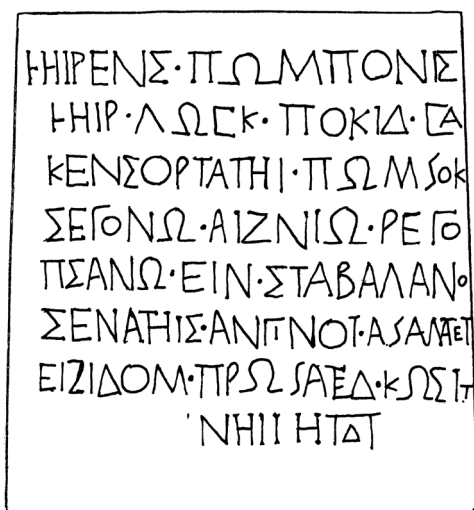


Fig. 8. Inscripción greco-osca *ST Lu 5* = Crawford 2011, Lucania / *POTENTIA 1* (Lejeune 1990a, lám. XXI).

A la hora de adaptar el alfabeto milesio, se aplicó el principio de estabilidad a la gran mayoría de sonidos compartidos, en particular a las consonantes: <β, δ, γ, κ, λ, μ, ν, π, ρ, σ, τ> representaban sonidos existentes tanto en griego como en osco y la asignación fue automática.

Las letras griegas que representaban grupos consonánticos con segundo elemento /s/ -<ξ> /ks/, <ψ> /ps/ también aparecen en el alfabeto greco-osco, aunque alternan con el empleo de los grafemas simples. Ejemplos: *ST Lu 47* = Crawford 2011, Lucania / *THURII COPIA 1* = νομψις, frente a *ST Lu 5* = Crawford 2011, Lucania / *POTENTIA 1* <ο>πσανω, *ST Me 1 y 3* = Crawford 2011, Sicilia / *MESSANA 4* = ουπσενς; igualmente *ST Lu 45* = Crawford 2011, Lucania / *BUXENTVM 3* μαμερεξ, *ST Lu 1 y 3* = Crawford 2011, Sicilia / *MESSANA 4* μεδδειξ frente a *ST Lu 3* = Crawford 2011, Lucania / *COSILINVM 1* εκς, *ST Me 4* = Crawford 2011, Sicilia / *MESSANA 6* [μ]αμερεκς. Se han atribuido las grafías -πσ-, -κσ- a la influencia del alfabeto nacional osco, e incluso se ha pensado que esta influencia sea particularmente importante en el caso de las inscripciones de Mesana, donde otros elementos también podrían apuntar a una influencia de ese tipo, pero en el caso concreto de la representación gráfica de /ps/, /ks/ estamos ante un corpus tan reducido que es difícil sacar conclusiones (véase Zair 2016, 136-166 para una larga discusión sobre posibles casos de influencia del alfabeto nacional osco en el alfabeto greco-osco).

<ζ> se empleó para representar /z/ en posición intervocálica, así como el resultado del grupo originario **dj-* en posición inicial. En este último caso no sabemos si el resultado era igualmente /z/ o más bien /dz/.

<χ> aparece en un par de ocasiones, muy probablemente para reflejar directamente /k^h/ en nombres de origen griego.

<θ> y <φ> no parecen haber sido usadas. Solo hay un posible ejemplo del uso de una u otra —la lectura no es clara— en una inscripción sobre plomo que presenta rasgos singulares que apuntan a una fuerte influencia griega (*cf. infra*).

A diferencia de otras variantes alfabéticas griegas, el alfabeto griego milesio que se impuso como estándar en el siglo V no tenía letras ni para /w/ ni para /h/, sonidos ambos que sí existían en osco. En el caso de /w/, los adaptadores del alfabeto greco-osco recurrieron a la *digamma* de forma Γ , que fue sin duda tomada prestada de una variedad alfabética griega diferente, del alfabeto etrusco o del mismo alfabeto nacional osco, donde existía con esa forma y valor. Para /h/ se observan dos soluciones diferentes, posiblemente adoptadas en fechas diferentes. La primera solución fue emplear la letra H , que en alfabeto jonio servía para representar una vocal (/ε:/, <η>) pero que en otras variedades alfabéticas griegas había servido para representar /h/. La segunda, emplear un signo, H , que había sido creado muy probablemente en Tarento a finales del siglo V a. C. para representar /h/ frente a H vocálico (Jeffery 1989, 29; Guarducci 1995, 288) y que, como es sabido, acabó dando origen, en siglos posteriores, al llamado espíritu áspero <'>.

La situación en las vocales es más confusa de lo que cabría esperar. Es cierto que el osco presentaba un sistema vocálico de, al menos, seis vocales (con sus respectivas largas y breves) y cinco diptongos, con lo que el sistema gráfico del alfabeto jonio estándar podía cubrir perfectamente este cuadro desde el punto de vista cualitativo, ya que tenía siete signos vocálicos <a, ε, η, ι, o, ω, υ> con sus posibles combinaciones de diptongos (αι, ει, ηι, οι, ωι, αυ, ευ, ηυ, ου, ωυ). El problema es que los signos vocálicos del alfabeto jonio ya no representaban tan claramente lo que parecían representar: <ει> no era un diptongo, sino /ε:/, en contraste con /η/, que representaba /ε:/. <υ> había pasado a articularse como un sonido /y/, que en osco solo parece haber existido como alófono en determinadas posiciones y quizás solo en algunos momentos o lugares. <ου> representaba una /o:/ cerrada, que ocupaba también el espacio de /u/, ya que no había /u/ tras el paso de /u/ a /y/. De hecho, <ου> acabó convirtiéndose

en /u:/. <ε> representaba /e/, pero no existía una /ε/ breve, del mismo modo que, mientras que <ou>, <ω> representaban /o:/, /ɔ:/, <o> ocupaba un largo espacio, ya que no había /ɔ/ ni tampoco /u/. Este tipo de divergencias entre sistema vocálico osco y sistema vocálico griego —este último, además, sujeto a posibles variaciones fruto de la coexistencia previa de dialectos diferentes en el sur de Italia— podría explicar la variedad de soluciones que encontramos en la adaptación de grafemas vocálicos griegos para escribir el osco.

En los años 70 del siglo XX, Michel Lejeune intentó sistematizar tal variedad de soluciones presentándolas como consecuencia de una reforma gráfica del alfabeto greco-osco que habría tenido lugar hacia el año 300 a. C. (Lejeune 1970; 1972). Dicha reforma, cuyo aspecto más visible, pero no el único, sería la introducción como signos vocálicos de Η y Ω, implicaba dividir la historia del alfabeto greco-osco en dos períodos. El primero abarcaría el siglo IV, el segundo, el siglo III en adelante (hasta los inicios del s. I a. C., fecha de desaparición del alfabeto). El siguiente cuadro muestra los rasgos diferenciadores de cada período:

Primer período ca. 400-300 a. C.		Segundo período ca. 300-90 a. C.
/i/ escrita con Ι <ι>	→ Reforma gráfica ca. 300 a. C.	/i/ escrita con Ι <ι>
/ε/, /e/, escritas con Ε <ε>		/ε/ escrita con Ε <ε> /e/ escrita con ΕΙ <ει>
/ei/ escrito con ΕΙ <ει>		/ei/ escrito con ΗΙ <ηι>
/h/ escrita con Η <h>		/h/ escrita con Η <h>
/a/ escrita con Α <a>		/a/ escrita con Α <a>
/u/ escrita con Υ <υ>		/u/ escrito con ΟΥ <ου> [y] alófono de /u/ escrito con Υ <υ>
/o/ escrita con Ο <o>		/o/ escrita con Ο <o> cerca de labial, alófono escrito con Ω <ω> [û] alófono en final de palabra escrito con <ou>, <o>, <ω>
/ou/ escrito con ΟΥ <ou>		/ou/ escrito con ΩΥ, ΩϚ <ωυ>, <ωϚ>

Tab. 6. Reforma gráfica del alfabeto greco-osco según Lejeune (1970, 1972).

El modelo de Lejeune significaba una manera muy elegante y lógica de organizar los dispares usos gráficos de la gran mayoría de las inscripciones greco-oscas hasta entonces conocidas. En un par de casos en que los usos gráficos se apartaban de su modelo lo atribuyó a la existencia de algunas escuelas gráficas diferentes.

Sin embargo, en un trabajo muy reciente, Nicholas Zair, después de analizar en profundidad la propuesta de Lejeune, la ha desmontado totalmente con argumentos muy convincentes (Zair 2016). De entrada, las inscripciones aparecidas con posterioridad a los dos artículos de Lejeune presentan claras excepciones a su modelo. Por otra parte, resulta muy difícil establecer con claridad la existencia de dos fases cronológicamente diferenciadas cuando muchas de las inscripciones greco-oscas no pueden ser datadas. Emplear las características gráficas de las mismas para datarlas puede llevar fácilmente a razonamientos circulares, y apelar a diferencias paleográficas como por ejemplo el tipo de *sigma* (de cuatro trazos Σ frente a la forma lunada surgida de su cursivización C) para intentar situarlas en una época u otra es tarea imposible. A modo de muestra, baste con decir que la inscripción greco-osca más reciente que puede ser datada, mencionada más arriba (ST Lu 41= Crawford 2011, Lucania / TEGIANVM 1), muestra una *sigma* de cuatro trazos Σ (cf. esta misma observación en La Regina 2002, 59). Por otra parte, si se consideran solo aquellas inscripciones que se pueden datar con ciertas garantías a partir de criterios externos, el modelo de Lejeune tampoco funciona.

Tras su análisis metódico de la documentación, Zair establece el siguiente cuadro de los reflejos gráficos de las vocales oscas en alfabeto greco-osco:

	Reflejo gráfico 1	Reflejo gráfico 2	Reflejo gráfico 3
/i/	I <ι>		
/e/	I <ι>	E <ε>	EI <ει>
/ε/	E <ε>		
/ει/	EI <ει> (quizás ya no en el s. I a. C.)	HI <ηι>	
/a/	A <α>		
/o/	O <ο>	Ω <ω> (desde el s III a. C.)	
/u/	OY <ου>	O <ο>	Y <υ> (solo [y] < *-u- detrás de dental)

Tab. 7. Grafemas para vocales en el alfabeto greco-osco según Zair (2016).

Lo más destacable de este modelo es que, a diferencia del de Lejeune, las columnas no representan fases diferentes sino usos gráficos diferentes que pueden convivir cronológicamente. Zair solo establece, a partir de la evidencia disponible, dos precisiones en el tiempo: el empleo de <ω>, cuya introducción puede datarse desde ca. 300 a. C., y el abandono de <ει> para reflejar

el diptongo /ei/ partir del 100 a. C. Para el resto, con los datos en la mano, no se pueden extraer grandes conclusiones. Por ejemplo, Zair admite que la vinculación temporal que Lejeune establecía entre la reconversión de Η/h/ en signo vocálico para grafiar el diptongo /ei/ y la introducción de Ϝ para ocupar la función de consonante /h/ es intuitivamente plausible pero no encuentra evidencia alguna para sostenerla (Zair 2016, 98). De hecho, la supuesta sustitución de <ει> por <ηι> para el diptongo /ei/ tampoco puede sostenerse sobre base sólida alguna, ya que los testimonios más antiguos de ambas grafías son de la misma fecha (ca. 300 a. C.). Sobre las consecuencias que este replanteamiento llevado a cabo en Zair (2016) de la visión formulada por Lejeune tiene para el estudio del alfabeto greco-osco volveremos más adelante (§ 2.3.3).

El signo más característico del alfabeto greco-osco es sin duda el que representa el sonido /f/. Como se sabe, es un sonido ausente del sistema fonológico del griego y por ello las lenguas antiguas de Italia que lo tenían (etrusco, latín, falisco, dialectos sabélicos, véneto) recurrieron a diferentes estrategias para reflejarlo grafemáticamente (véase un tratamiento detallado en Stuart-Smith 2004). Hemos visto el empleo de Ϝ en greco-entrio. En el alfabeto greco-osco aparecen diversos signos para representar /f/ sobre los que se ha discutido mucho: Θ, ζ, S (y otras variantes secundarias). Más allá de discusiones y especulaciones, creo que el modelo de Lejeune sobre el origen y la evolución del signo es la aproximación más sensata al problema de la letra <f> en greco-osco:

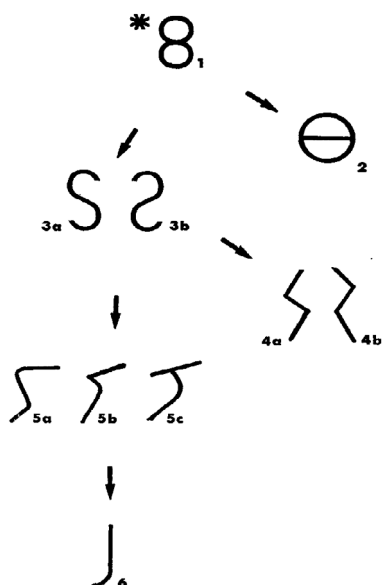


Fig. 9. Origen y evolución de <f> en greco-osco según Lejeune (1970).

Como puede observarse, para Lejeune tanto la variante circular con trazo horizontal Θ como la variante en forma de ese \mathcal{S} (y sus derivados) proceden de \mathcal{B} , la letra para /f/ que encontramos en el alfabeto etrusco, así como en el alfabeto nacional osco (aparte de su empleo en alfabeto umbro o en alfabeto sudpiceno o en otros testimonios epigráficos aislados). Una forma \mathcal{B} no cerrada puede explicar \mathcal{S} directamente. El caso de Θ puede parecer más complejo, pero creo que es preferible suponer igualmente una forma \mathcal{B} : la curva que actúa de eje de los dos ojos de \mathcal{B} se convierte en recta y los ojos se cierran constituyendo las partes superior e inferior del signo. La idea de buscar un origen remoto al signo y hacerlo venir de una Θ /t^h/ griega resulta en mi opinión muy difícil de sostener. La forma Θ de *theta* aparece tardíamente en el alfabeto griego a partir de dicha forma. No tiene sentido, pues, especular con una derivación antigua de la letra greco-osca. Una cuestión diferente es que en la configuración de una forma Θ para /f/ a partir de \mathcal{B} haya podido influir tanto la posible presencia —al menos en niveles escritos más informales— de esta forma para griego < θ > como, simplemente, una presión interna para hacer de \mathcal{B} una letra formalmente cercana a \mathcal{O} . De hecho, tanto la tendencia hacia Θ como la tendencia hacia \mathcal{Z} (entendida como una letra formalmente cercana a *sigma* de cuatro trazos) pueden deberse a la búsqueda de lógica interna en el alfabeto.

2.3.3. Paleografía

Las variaciones paleográficas que encontramos en el alfabeto greco-osco, con la excepción de las que afectan a la única letra no griega, son las mismas que encontramos en el alfabeto griego jonio ya extendido como alfabeto estándar. Así, encontramos Ω y \mathcal{W} , \mathcal{Z} y \mathcal{C} , \mathcal{E} y \mathcal{E} . Las segundas formas son variantes cursivas de las primeras, que adquieren difusión durante la época helenística pero que sin duda ya existían —y de hecho están ya documentadas desde finales del siglo V a. C. (Guarducci 1995, 377). Ya hemos señalado más arriba que, sin embargo, no pueden servir para datar las inscripciones ya que conviven unas con otras. Hemos mencionado el caso significativo de la inscripción greco-osca de datación más tardía (ca. 90 a. C.) que presenta una *sigma* de cuatro trazos. Un caso igualmente curioso es el de un par de inscripciones votivas sobre sendos bloques de piedra unidos que servían de base o de altar, dedicadas respectivamente a Júpiter y a su esposa (ST Luc 6, 7 = Crawford 2011, Lucania / POTENTIA 9, 10). En ambas inscripciones coexisten la *sigma* de cuatro trazos \mathcal{Z} y la *sigma* lunada \mathcal{C} . La primera aparece en la línea que menciona a la divinidad, la lunada en las restantes, y en ambas

inscripciones las letras de la línea con *sigma* de cuatro trazos son de mayor tamaño que las demás. La diferencia de tamaño es especialmente visible en la dedicada a ‘la esposa de Júpiter’ (διοφιας · διομανα[ς], genitivo).

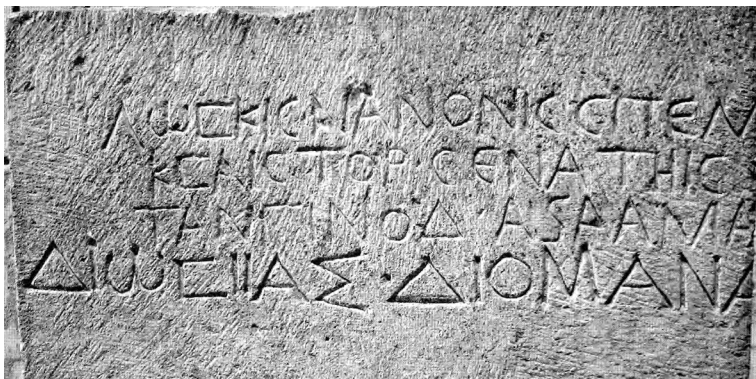


Fig. 10. Inscripción greco-osca ST Luc 7 = Crawford 2011, Lucania / POTENTIA 10.

Este ejemplo muestra, a mi juicio, que ambas formas de <σ> estaban en uso y a disposición de los lapicidas. Si en otros casos no se pueden saber las razones de la elección de una u otra, aquí parece claro que se busca un efecto comparable al que se consigue modernamente con el contraste tipográfico entre mayúsculas y minúsculas.

En el caso de la letra para <f>, ya hemos señalado que la procedencia de todas ellas a partir de θ parece la solución más adecuada. Los ejemplos de Θ son muy escasos y todos ellos en inscripciones del santuario de Mefitis de Rossano di Vaglio (POTENTIA en Crawford 2011). El único indicio que apunta a que se trate de una forma empleada ya desde los primeros tiempos del alfabeto greco-osco es el hecho de que aparezca en una inscripción (ST Lu 30 = Crawford 2011, Lucania / POTENTIA 24) que presenta un rasgo lingüístico más bien arcaico, la conservación del grupo consonántico final -/fs/ frente al resultado -/ss/ más reciente.

Hay algunos ejemplos del empleo de Β <β> para /f/. Es el caso de σταβαλανο (por un esperable *σταφαλανο, cf. *stafلاتas*, peligro *pristafalacirix*). La inscripción en que aparece (ST Lu 5 = Crawford 2011, Lucania / POTENTIA 1) puede fecharse hacia el 200 a. C. En ella se emplea también Ϛ <Ϛ> (προφατεδ, αφαματετ, πωμφοκ, por lo que el uso de <β> obedece no a una sustitución gráfica sino a un cambio fonético específico: es posible que /f/ se articulase /β/ o /v/ en posición intervocálica (en el caso de προφατεδ, αφαματετ, el empleo de <Ϛ> puede obe-

decer al hecho de que son verbos compuestos, lo que ha favorecido una grafía etimológica a partir de las formas simples en las que /f/ era el sonido inicial (προ-φατεδ, α-φαματετ).

Otro posible, pero nada seguro, ejemplo de <β> para /f/ nos da pie para hablar de una inscripción greco-osca muy interesante desde el punto de vista gráfico. Se trata de *ST Lu 46* = Crawford 2011, Lucania / LAOS 2, para la que acepta una datación entre el 330 y el 320 a. C. El ejemplo es σαβιδιον que, tal como señala Zair (2016, 101-102), aunque podría ser simplemente un nombre de origen latino (< *Sabidius*), parece por razones cronológicas preferible pensar que se trate de un nombre osco /safidion/ (pronunciado [savidion]). No hay en la inscripción más ejemplos de posibles empleos de <β> para /f/, ni tampoco de <f>. La particularidad de esta inscripción, una tablilla de maldición sobre plomo, aparte del posible ejemplo de <β> por <f>, es el empleo de Ν <v> sistemáticamente para la consonante final /m/ que en el resto de la documentación greco-osca aparece escrita sistemáticamente como Μ <μ>. Este uso de <v> se ha interpretado como el reflejo de una caída de la nasal acompañada de nasalización de la vocal, una tendencia bien conocida en el caso del latín y también documentada en el osco de Pompeya, en el que tenemos ejemplos de ausencia de <m> al final de palabra. Lo significativo en el caso de *ST Lu 46* es que el autor de la tablilla, en vez de optar por una grafía conservadora en el seno de la tradición osca —empleo de <μ>— o por la simple supresión del signo para nasal, emplee la nasal dental <v>. Este uso da a las formas un aspecto morfológico griego —recuérdese que el griego antiguo solo admitía la nasal dental /n/ en final de palabra—, lo que ha abierto el camino a especulaciones sobre si el autor del texto era más bien un hablante de griego que de osco. Fuera o no griego, está claro que el texto se sitúa al margen de la tradición gráfica greco-osca en el uso de <v> y quizás en el de <β> por <f>. Asimismo, resulta significativa la ausencia de <h> en las formas μαραειν, μαραεν (frente a μαραης en *ST Lu 2* = Crawford 2011, Lucania / ATINA LUCANA 1). La posible presencia de Θ <θ> (lectura de Poccetti seguida por Zair 2016, 190) o Φ <φ> (lectura de Crawford 2011) refuerza la singularidad gráfica de esta inscripción. De hecho, el único rasgo que permite considerar su alfabeto como específicamente greco-osco es el empleo de la letra Γ <f>.

Volviendo al corpus greco-osco en su totalidad, hemos de retomar aquí, en el análisis de la variación gráfica interna, la discusión sobre la crítica de Zair (2016) al modelo propuesto por Lejeune (1970; 1972). Como hemos visto en la sección anterior, Lejeune explicaba de una manera lógica y ordenada de-

terminados usos gráficos y concluía que estábamos ante escuelas de escribas y ante una reforma gráfica que hacia 300 a. C. habría modificado el empleo de varias letras, sobre todo vocálicas, en la tradición escolar más fuerte. También hemos señalado que Zair (2016) ha cuestionado este modelo de manera bastante convincente.

La conclusión de Zair es que la imposibilidad de proyectar las diferencias en los usos gráficos en una línea evolutiva invita a pensar que estamos más bien ante lo que él llama diferencias individuales consecuencia de la falta de reglas ortográficas claras. Siguiendo la línea trazada por Zair, daría por tanto la impresión de que, en el caso del alfabeto greco-osco, tenemos más bien que un alfabeto griego ya existente y cada vez más estandarizado estaba disponible para escribir en osco cuando fuera necesario, no que —*contra* Lejeune— existieran realmente escuelas ortográficas que establecían una norma estandarizada y que introducían reformas gráficas en un momento determinado:

“Under this view, a plausible model, at least for some writers, will be literacy (of varying degrees, and including knowledge of the orthographic rules for writing Greek) in Greek rather than in Oscan; that is, I posit the existence of widely recognised norms in Lucania, Bruttium and Sicily for the writing of Greek, and assume that when scribes learned to write, this is what they learned. For Oscan, I suggest that such norms never developed, at least outside relatively small, locally determined groups, so that Oscan spelling tended not to be ‘fixed’ over a wide area, or necessarily across or even within individuals.”

Zair 2016, 170.

Sin embargo, caer en el extremo contrario del modelo lejeuniano y negar la existencia misma de un alfabeto greco-osco parece exagerado: el alfabeto greco-osco presenta, más allá de la variación, rasgos singulares que solo se explican a través de una cierta estandarización. Uno de ellos es el empleo de *digamma* bajo la forma Γ . Como hemos señalado, esta letra no estaba disponible en el alfabeto jonio oriental que pudo servir de modelo al alfabeto greco-osco hacia el 400 a. C., y es una letra empleada sistemáticamente y siempre bajo la misma forma en toda la documentación greco-osca, incluyendo la de Sicilia, independientemente de la forma que presenten, más o menos “antigua” o “reciente”, las letras restantes. Si los hablantes de osco de Lucania, Brucio y Mesana hubieran recurrido al griego de manera individual y no estandarizada, el uso generalizado de Γ no se entendería. Cabría esperar

más bien estrategias diferentes en cada momento para resolver la ausencia de un grafema para este sonido en el alfabeto griego milesio.

También apunta hacia una cierta estandarización el hecho de que para representar a /f/ encontremos lo que parecen ser variantes de un mismo grafema originario. Una vez más, si estuviéramos realmente ante adopciones individuales del alfabeto griego para escribir osco esperaríamos soluciones diversas para escribir el sonido en cuestión.

Igualmente llamativo resulta el caso de <H>. Aun admitiendo con Zair que no hay manera de establecer una sucesión cronológica como la propuesta por Lejeune, en la que <ηι> había sustituido a <ει> para representar el diptongo /ει/, el hecho de que <η> se utilice exclusivamente para grafiar el diptongo, pero no para representar la vocal /ε/ es difícil de explicar si no existe una cierta estandarización del alfabeto greco-osco que ha fijado esta limitación en el uso. Por otra parte, el hecho de acudir a variantes alfabéticas diferentes de la jonia para emplear H como signo consonántico /h/ o para incorporar F con la misma función tampoco parecen ser fruto de decisiones individuales.

En conclusión, da la impresión de que existe una cierta tradición gráfica común, y que el corpus greco-osco no es simplemente la suma de manifestaciones individuales de oscohablantes que han aprendido el alfabeto griego y *escriben osco en griego*. Evidentemente esta tradición gráfica no tiene por qué ser entendida como lo hacía Lejeune, con escuelas ortográficas y reformas gráficas que no encuentran apoyo en los datos —tal como ha demostrado Zair— sino más bien como la difusión radial de soluciones gráficas (empleo de signos particulares para /w/, /f/, /h/, introducción de <η> en la expresión gráfica del diptongo /ει/) que fueron introducidas como rasgos propios de la codificación del osco mediante el alfabeto milesio y que, empleadas de manera generalizada, nos permiten hablar hasta cierto punto de un verdadero alfabeto greco-osco.

2.4. Adaptación del alfabeto griego al galo

Si se toma como referencia Massalia, la documentación galo-griega irradia en dirección Oeste (hasta el Hérault) y Norte. La escritura parece haberse difundido siguiendo el curso de los ríos, con núcleos destacados como Bibracte y Alesia. Aunque tradicionalmente se ha considerado Massalia como el punto de adopción de la escritura, lo cierto es que no hay ninguna evidencia que dé apoyo a tal hipótesis. De hecho, en Massalia no se ha encontrado ningún texto

propriamente galo-griego. Por ello recientemente autores como Mullen (2013, 99) han sugerido que la adopción del alfabeto griego para escribir el galo no tiene por qué ligarse a la fuerte presencia colonizadora griega —lo que hacía de Massalia el punto de partida más lógico— sino a un marco mucho más amplio de contactos económicos y culturales.

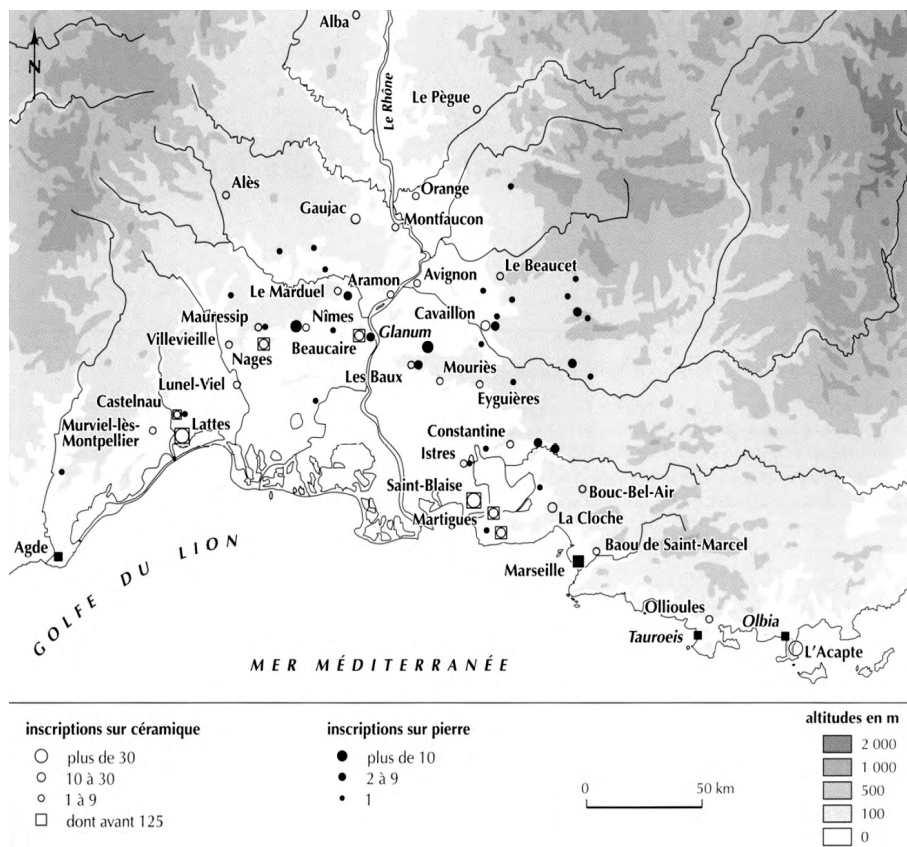


Fig. 11. Documentación de las inscripciones galas en alfabeto griego (Bats 2004).

En términos cuantitativos, el material más numeroso lo constituyen las inscripciones sobre cerámica, pero, como suele ocurrir, cualitativamente su valor es mucho menor, no solo por la brevedad de muchos de los epígrafes sino, tal como ocurre en otros casos estudiados aquí, porque en ocasiones es difícil establecer con claridad la pertenencia lingüística de los textos, que pueden ser griegos en vez de galos. Incluso en aquellos casos en que se pueden reconocer elementos célticos, ello no significa que estamos ante el uso del galo, porque podría tratarse simplemente de una adaptación del nombre al griego. Esta incertidumbre, junto a los ya habituales problemas de datación de una

parte del corpus convierte en muy complicado establecer cronológicamente la aparición de la epigrafía denominada galo-griega. En este caso se añade un elemento agravante más que, como veremos, resulta crucial en el análisis de la adaptación: el alfabeto empleado para escribir el galo no presenta elementos claramente distintivos que permitan individualizarlo y diferenciarlo de un simple alfabeto griego. No hay letras añadidas ni marcas diacríticas, a diferencia de los tres ejemplos de adaptaciones hasta ahora estudiados. Si en el caso del corpus greco-osco hemos considerado que existían ciertas evidencias para poder hablar de un alfabeto greco-osco individualizado (frente a la opinión de Zair 2016), en el caso de la documentación gala creemos, como trataremos de demostrar, que no se puede hablar de un “alfabeto galo-griego” y que realmente estamos ante un fenómeno de escritura que nunca fue más allá de *escribir galo con letras griegas*.

2.4.1 Orígenes y desaparición

De los cuatro tipos de adaptación, el del galo-griego es el cronológicamente más tardío. En su edición de las inscripciones galo-griegas, Lejeune (1985) estableció un marco cronológico entre el II a. C. (quizás incluso finales del III a. C.) y s. I d. C. Según Lejeune, la cronología está algo escalonada entre el subcorpus de la Narbonense (s. II y I a. C., no más allá de César) y el grupo del centro-este (s. I a.-I d. C. (no más allá de Nerón). No existen diferencias apreciables entre uno y otro subcorpus en cuanto al empleo del alfabeto y la forma de las letras. Si, como hemos dicho, esto ya es de por sí tardío, en trabajos recientes Michel Bats ha propuesto bajar aún más la cronología del corpus galo-griego (Bats 2004; 2011). Para Bats, la inscripción lapidaria en galo-griego más antigua que puede ser datada es del 150-125 a. C. (*RIG G-218*), en tanto que el grafito galo-griego más antiguo sería *RIG G-526*, del 125-100 a. C. Toda la documentación que puede datarse con anterioridad y que aparece en Lejeune, 1985, 1988, 1990b, 1994, 1995, Lejeune y Lambert 1996 —grafitos sobre cerámica, el más antiguo de ellos de la segunda mitad del s. III a. C., *RIG G-502*— es susceptible de ser interpretada en griego. Téngase en cuenta de que se trata básicamente de onomástica, normalmente abreviada o incompleta, y en aquellos pocos casos en que se puede identificar una terminación en -ος, esta es ambigua ya que puede representar tanto un nominativo singular masculino en griego como en galo. También parece lingüísticamente griego —aunque siempre en esa frontera difícil de definir entre griego y galo-griego— lo que aparece en alfabeto griego en las leyendas monetales (*vid.* el corpus en Colbert de Beaulieu y Fischer 1998).

Con la datación de Bats, por tanto, el uso documentado del galo en alfabeto griego se comprime a un período no muy extenso, de poco más de doscientos años.

2.4.2. Características del alfabeto griego empleado para el galo

Dado que el empleo del alfabeto griego para escribir la lengua gala se sitúa en el siglo II a. C., el modelo es ya el alfabeto milesio propio de la koiné y que constaba de 24 letras. De estas 24 letras se utilizan 21 para escribir galo, aunque algunas de ellas con un uso limitado:

A Δ	α	N N	ν
B	β	Ξ	ξ
Γ	γ	Ο Θ	ο
Δ	δ	Π	π
E Ε	ε	Ρ	ρ
H	η	Σ C Γ	σ
Θ	θ	Τ	τ
I	ι	Υ V	υ
K	κ	Χ	χ
Λ λ	λ	Ω ω	ω
M M	μ		

Tab. 8. Alfabeto griego empleado para el galo.



Fig. 12. Inscripción galo-griega RIG G-203 (dedicatoria a las Madres de Nimes).

Como puede observarse, este inventario no presenta ninguna letra ajena al alfabeto milesio. Para la inmensa mayoría se ha aplicado el principio de estabilidad, de manera que, cotejados los sistemas fonológicos del griego y del galo, se han mantenido las letras para los fonemas compartidos. Las dos únicas letras que representan sonidos diferentes son χ < χ > y θ < θ >. Ambas representaban todavía, muy probablemente, sonidos oclusivos sordos aspirados en griego (< χ > = /k^h/, < θ > = /t^h/), pero, en el caso del galo, < χ > fue empleada para representar la fricativa velar sorda /x/ en el grupo consonántico /xt/ (<*kt-) y < θ > se utilizó para representar un sonido africado dental sordo /ts/.¹⁰ No fueron, sin embargo, usos exclusivos: /ts/ aparece representado también a través de < $\sigma\sigma$ >, < σ >, < τ >, < $\tau\tau$ >, < $\sigma\theta$ > (además de la grafía geminada < $\theta\theta$ >). /xt/ puede aparecer grafado simplemente mediante < $\kappa\tau$ >. En el vocalismo encontramos una alternancia aparentemente aleatoria entre <o> / < ω > y entre < ϵ > / < η >, así como el empleo de < $\epsilon\iota$ > —que en griego representaba /e:/— en alternancia con < ι > para representar galo * \bar{e} (que evolucionó a /i:/). Para galo /u/, el empleo de griego < υ > no era satisfactorio, ya que esta letra representaba un sonido /y/, por ello se utilizó <ov> —que representaba ya /u:/ en griego. Este dígrafo sirvió también para representar /w/. Como en galo existía un diptongo real /ou/, se desarrollaron estrategias gráficas para reflejarlo, como <oov>, < ω v> (para estos detalles ortográficos, véase el estudio de conjunto en Lejeune 1986, 441-446; para la fonología del galo, cf. Lambert 2003, 43-49).

Ante estas características, ¿podemos hablar realmente de un alfabeto galo-griego? Bats (2004, 15) señala estas particularidades gráficas que acabamos de mencionar, junto con la ausencia de las letras < ζ >, < ϕ > y < ψ >, como características que diferencian el “alfabeto galo-griego” del alfabeto griego. La ausencia de tales letras podría servir de argumento a favor de un alfabeto individualizado si tuviéramos algún ejemplo de alfabetario galo-griego en las que no estuvieran incluidas, tal como ocurre con los alfabetarios etruscos que excluyen las letras griegas no usadas. Sin embargo, no hay ningún ejemplo documentado de alfabetarios de este tipo en la Galia. Tenemos dos ejemplos de este tipo de epígrafes, ambos sobre cerámica y procedentes de Lattes, de ca. 200 a. C. (Bats 1988, 127-128; 2004, 9-10; 2011, 215). El primero es ambiguo porque solo se conservan las letras iniciales < α β δ >. El segundo es más ilus-

10 Se ha discutido mucho sobre el sonido exacto que está detrás de < θ > y demás grafías en alfabeto griego y en alfabeto latino -el llamado *tau Gallicum*- (véanse Mullen 2013, 102, n. 39; Mullen y Ruiz-Darasse 2018, 22), pero asumimos aquí que lo más probable es que fuera una dental africada sorda /ts/ (cf. ahora en este sentido Stifter 2017, 1192).

trativo, ya que presenta el alfabeto griego casi completo ($\alpha - \sigma$), con algunas formas confusas (es difícil reconocer con exactitud las letras que median entre $\langle \lambda \rangle$ y $\langle \pi \rangle$), pero con el detalle de incluir la letra $\langle \zeta \rangle$, por lo que no sirve como posible ejemplo de un alfabeto galo-griego que ha eliminado letras superfluas.

En cuanto a las particularidades gráficas, las vacilaciones en el empleo de los signos vocálicos no difieren de las que podemos encontrar cuando se están transcribiendo nombres extranjeros al griego. Lo mismo puede decirse del empleo de $\langle \text{ov} \rangle$ para representar /w/, un tipo de estrategia gráfica que encontramos empleada en la escritura griega después de la desaparición de la letra específica $\langle \text{f} \rangle$ en relación con otras lenguas (cf. Οὐαλέριος < latín *Valerius*). Quedan, pues, como rasgos singulares la aparente reutilización de $\langle \chi \rangle$ para /x/ y la de $\langle \theta \rangle$ para /ts/. Sin embargo, en ambos casos se trata de usos gráficos en competición con otros para la misma finalidad, lo que induce a dudar de la existencia de un alfabeto mínimamente estandarizado. En el caso de $\langle \chi \rangle$, que, tal como se ha dicho, sirve exclusivamente para representar el sonido /x/ en el grupo /xt/, su empleo alterna con el de $\langle \kappa \rangle$. Lejeune considera esta última una grafía “etimológica”, una explicación poco convincente ya que se da en dos formas, $\alpha\kappa\tau\omicron\varsigma$ y $\alpha\nu\epsilon\kappa\tau\alpha\iota$ en las que no está claro que procedan etimológicamente de $*\text{-kt-}$ (para el segundo ejemplo, el propio Lejeune sugiere un tema verbal $*\text{aneg-}$). Parece mucho más simple suponer que $\langle \kappa\tau \rangle$ /kt/, $\langle \chi\tau \rangle$ /k^ht/ son aproximaciones desde el alfabeto y la fonética griegos a grupo consonántico galo /xt/.

En cuanto a $\langle \theta \rangle$, ya hemos visto que compite con $\langle \theta\theta \rangle$, $\langle \sigma \rangle$, $\langle \sigma\sigma \rangle$, $\langle \tau \rangle$, $\langle \tau\tau \rangle$ en el reflejo de /ts/. Se han interpretado estas alternancias como muestras de unas evoluciones fonéticas /ts/ > /tt/ y /ts/ > /ss/ (Lejeune 1986, 444; cf. igualmente Lambert 2003, 45-46; Mullen 2013, 103; Mullen y Ruiz Darasse 2018, 22) aunque no hay datos cronológicos que avalen esta idea, ya que las formas alternan “a toute époque” (Lejeune, *ibid.*).

Creo que también en este caso es mejor pensar en estrategias gráficas desde el griego para reflejar gráficamente un sonido que no existía en dicha lengua. $\langle \sigma \rangle$, $\langle \tau \rangle$, $\langle \theta \rangle$, a veces geminados, son letras que fueron utilizadas frecuentemente en griego para representar fonemas de carácter africado y fricativo de otras lenguas (/ts/, /ʃ/, /tʃ/, /ç/, /θ/, etc.). Recuérdese el caso de la sibilante representada a través de la letra *sampi* —un tipo de sibilante diferente de /s/-, que se transcribió en griego también mediante las grafías $\langle \sigma\sigma \rangle$ y $\langle \tau\tau \rangle$, o ejemplos como licio $\langle \theta \rangle$ /θ/, $\langle z \rangle$ /ts/ adaptados mediante $\langle \sigma \rangle$ (Ερμασσορτας / $*\text{erñme-θurtta}$, Τευινασος < $*\text{tewineze}$, cf. el derivado *tewinezēi*), o cario

<š> /ʃ/, <ś> /ç/? adaptados mediante <σ(σ)> (Υσσωλλος < uśol, Αρλισσις < arliš). Igualmente, la oclusiva palatal licia <k> /c/ aparece adaptada en griego mediante <σ> (Τισευσεμβρα < tikeukēpre y <θ> (Θερβεσις < krbbesi). Ejemplos similares encontramos en las adaptaciones griegas de formas del persa antiguo. Así, un nombre como *Ciçafarnā (con /c/ = /tʃ/ y <ç> posiblemente /ç/) aparece en griego como Τισ(σ)αφέρνης (/tʃ/ > /t/, /ç/ > /s(s)/.

En el caso de <θ(θ)>, <σ(σ)>, <τ(τ)> <σθ>, todas y cada una de estas grafías parecen igualmente aproximaciones a /ts/ desde una lengua que carece de tal sonido: o bien se adapta el sonido africado dando prioridad a uno de sus elementos constitutivos, la oclusiva /t/ o la fricativa /s/, o bien se aproxima /ts/ a un sonido complejo como /tʰ/ que comporta una oclusión acompañada de la fricación de la aspirada (cf. el proceso inverso en la adaptación licia de griego θ /tʰ/ mediante z /ts/ en Ξανθίας > xssēñzija). El empleo de la geminación es una estrategia gráfica del griego para indicar la presencia de un sonido diferente, cf. *supra* los ejemplos del cario o de la *sampi*). Una grafía como <σθ>, si realmente refleja /ts/ y no /sts/, puede entenderse igualmente como la voluntad de aproximar /ts/ a una secuencia de sonidos existente en griego.

En conclusión, creo que, a la vista de la documentación existente, no puede hablarse propiamente de un alfabeto galo-griego, entendido como un repertorio mínimamente estandarizado e individualizado, sino simplemente del uso del alfabeto griego *tel quel* para escribir una lengua diferente. Es cierto que algunas soluciones gráficas, como el empleo de <χ> o de <θ>, han podido gozar de alguna difusión, lo que explicaría su aparente continuidad como grafemas en la adaptación del alfabeto latino al galo, pero al menos en el período en que el galo se escribió en letras griegas parece que nos encontramos básicamente ante una *transcripción del galo mediante el alfabeto griego*. Lo que permite clasificar un texto como galo-griego es, exclusivamente, si la lengua empleada es el galo y no el griego. En cualquier caso, el hecho de que no exista un alfabeto galo-griego específico no ha de restar importancia a la afirmación de identidad que supone el uso escrito del galo mediante el alfabeto griego.

2.4.3. Paleografía

Como ya se ha mencionado, Lejeune (1986, 432-434) presenta un análisis de la distribución de las formas lunadas y no lunadas de <ε> y <σ>: E, Ε, Σ, C, Γ empleadas en las inscripciones galo-griegas. Como resultado de este, propone un esquema de evolución cronológica (1) E, Σ → (2) E, C (y Γ) → (3) Ε, C, pero reconoce que resulta imposible trasladar esta cronología a cada inscripción en

particular. Como hemos visto en el caso del greco-osco, en donde *sigma* lunada y de cuatro trazos convivían en una misma inscripción y en donde la *sigma* de cuatro trazos aparece empleada en la inscripción de datación más tardía, el empleo de la paleografía es un instrumento de escasa fiabilidad, tanto para dataciones absolutas como relativas. De hecho, el esquema que sugiere Lejeune significa simplemente asumir que la *sigma* lunada surgió con anterioridad a la *epsilon* lunada. La documentación existente parece apuntar en esa dirección (Guarducci 1995, 377), pero la cuestión importante es que ambas formas ya están documentadas desde el siglo IV a. C., esto es, desde mucho antes del corpus galo-griego, por lo que su relevancia cronológica es para este corpus absolutamente nula (cf. la misma opinión de Mullen 2013, 103). Quizás el único aspecto reseñable es la aparición de una forma cuadrada \sqsubset , sin duda surgida de \subset por influencia de E y que puede ser un desarrollo gráfico interno. Un aspecto digno de mayor estudio es la posibilidad de que el alfabeto griego empleado para el galo presente, en sus documentos lapidarios, una mayor incidencia de estas formas cursivas que la epigrafía contemporánea griega sobre el mismo soporte. Es una idea apuntada por Mullen (2013, 105) que, de confirmarse, permitiría ver al menos en el origen y difusión del alfabeto griego para la lengua gala sobre piedra unos rasgos distintivos e individualizadores notables.

3. Principales problemas actuales y retos para el futuro

3.1. Problemas de desciframiento. Caracteres problemáticos

No hay problemas de gran envergadura en el desciframiento de estas escrituras. Como hemos visto, en el alfabeto enotrio solo hay una letra extraña, para /f/; en el greco-ibérico se emplea el *san* para una segunda sibilante y se ha introducido una diferenciación mediante diacrítico de *rho* para representar dos vibrantes; en el alfabeto greco-osco ocurre como en el enotrio: incorporación de un signo nuevo para /f/ así como la conservación de *digamma* en la forma \sqsubset para representar /w/. En el alfabeto griego empleado para el galo, por último, no tenemos ningún signo que se salga del inventario originario.

Los problemas vienen más bien de los propios signos griegos. Por una parte, tenemos la duda de que estén reflejando realmente la fonología precisa de la lengua en cuestión. En algunos casos tenemos constancia del empleo de una letra “por aproximación”, pues tal parece ser el caso de $\langle\theta\rangle$ de galo-griego. En casos como el ibérico no tenemos claro cuál era el contraste entre *sigma* y *san* o entre las dos *rho*, aunque este es un problema general de la fonología

ibérica, no solo del subcorpus greco-ibérico. Otros empleos generan dudas, como las sustituciones realizadas en los signos vocálicos en osco, que Lejeune interpretó como una reforma gráfica.

El principal reto para el futuro es el de intentar establecer rigurosamente un buen análisis paleográfico de las diferentes adaptaciones, en el que, en la medida de lo posible, entren en juego la cronología, la tipología, la comparación con el empleo del alfabeto para el griego en la zona, etc. Es cierto que, como ha mostrado Zair con el greco-osco, es muy difícil construir grandes teorías a partir de la forma de los signos y su evolución, pero ello no obsta para que se pueda trabajar con mayor profundidad en el estudio de la paleografía.

3.2. Problemas de transcripción

Una de las grandes cuestiones que plantean los alfabetos aquí estudiados es precisamente el de su transcripción, que, vista en conjunto, no resulta coherente: para el greco-enotrio, greco-osco, galo-griego se emplea el propio alfabeto griego, para el greco-ibérico, el alfabeto latino es el que se ha impuesto en los estudios (es el empleado en *MLH* y en *Hesperia*, así como en las obras de referencia, cf. la más reciente, Sinner y Velaza 2019). Ambos procedimientos tienen sus ventajas e inconvenientes, pero, dada la inercia de las tradiciones científicas, dudamos que se pueda introducir ahora algún cambio de hábito.

En cualquier caso, la convención del greco-ibérico —transcripción en cursiva, frente a la negrita de los textos en escritura ibérica— tiene ahora el problema añadido de la introducción de la cursiva-negrita para representar los textos escritos en semisilabario ibérico con sistema dual: el contraste entre cursiva y cursiva-negrita puede no ser, según la tipografía que se siga, demasiado nítido y podría crear confusión en un futuro.

3.3. Digitalización de los alfabetos

Como se sabe, la codificación de los antiguos sistema de escritura en un marco digital ha ido mejorando en los últimos años, de manera que escrituras epicóricas disponen ya de signarios asignados en Unicode. En el caso que nos ocupa se produce el problema de que estamos ante adaptaciones del alfabeto griego que en gran medida pueden ser abordadas con los caracteres básicos y las ampliaciones del griego, pero sin embargo algún carácter queda fuera por su carácter externo. Es el caso particular de los signos para <f> que encontramos en los alfabetos greco-enotrio y greco-osco.

Abreviaturas:

BDH = Banco de Datos sobre Lenguas y Epigrafías Paleohispánicas: <<http://hesperia.ucm.es/>>

MLH = Untermann 1990

PHI = Searchable Greek Inscriptions, The Packard Humanities Institute.

Online: <<https://inscriptions.packhum.org/>>

RIG = Lejeune 1985; 1988; 1990b; 1994; 1995; Lejeune y Lambert 1996

ST = Rix 2002

| B I B L I O G R A F Í A |

- Adiego 2015: I.-X. Adiego, "Some remarks on the new Opic ("Pre-Samnite") inscription of Niumsis Tanunis", *Incontri linguistici* 38, 2015, 125-138.
- Adiego 2018: I.-X. Adiego, "Local adaptations of the alphabet among the non-Greek peoples of Anatolia" en: S. Ferrara y M. Valério (eds.), *Paths into Script Formation in the Ancient Mediterranean*, Roma 2018, 145-162.
- Bats 1988: M. Bats, "La logique de l'écriture d'une société à l'autre en Gaule méridionale protohistorique", *RANarb* 21, 1988, 121-148.
- Bats 2004: M. Bats, Grec et gallo-grec: les graffites sur céramique aux sources de l'écriture en Gaule méridionale (II^e-I^{er} s. av. J.-C.), *Gallia* 61, 2004, 7-20.
- Bats 2011: M. Bats, "Emmèlements de langues et de systèmes graphiques en Gaule méridionale (VI^e — I^{er} siècle av. J.-C.)", en: C. Ruiz Darasse y E. R. Luján (eds.), *Contacts linguistiques dans l'Occident méditerranéen antique*, Madrid, 197-226.
- Benelli e. p.: E. Benelli, "Formazione e diffusione delle scritture centro-italiche. Lo stato della documentazione", en: *L'Italie préromaine et la France. Un regard français sur l'Italie préromaine: mélanges en l'honneur de Dominique Briquel*, en prensa.
- Boisson 1994: C. Boisson, "Conséquences phonétiques de certaines hypothèses de déchiffrement du carien", en: M. E Giannotta et alii, *La decifrazione del cario*, Roma 1994, 207-232.
- Chevillon 2001: J.-A. Chevillon, "Massalia: Les têtes casquées/roue avec légende MAT'A", *Cahiers Numismatiques* 148, 2001, 5-7.
- Chevillon 2013: J.-A. Chevillon, "Une obole inédite à la tête casquée et au sampi", *Bulletin de la Société Française de Numismatique* 68, 2013, 216-218.
- Chevillon 2017: J.-A. Chevillon, "Une inédite obole de Marseille à la tête casquée à gauche avec un M au revers", *Bulletin de la Société Française de Numismatique* 72, 2013, 166-168.
- Colbert de Beaulieu y Fischer 1998: J.-B. Colbert de Beaulieu y B. Fischer, *Recueil des inscriptions gauloises IV: Les légendes monétaires*, Paris 1998.
- Crawford 2011: M. Crawford, *Imagines Italicae*, London 2011.
- De Hoz 1987: J. de Hoz, "La escritura greco-ibérica", *Veleia* 2-3, 1987, 285-298.
- De Hoz 2000: J. de Hoz, "Epigrafía griega de occidente y escritura greco-ibérica", en: *Los griegos en España: tras las huellas de Heracles*, Madrid 2000, 180-196.
- De Hoz 2009: J. de Hoz, "La escritura greco-ibérica", en: M. Olcina y J. J. Ramón (eds.), *Huellas Griegas en la Contestania ibérica*, Alicante 2009, 31-41.

- De Hoz 2010: J. de Hoz, "L'écriture gréco-ibérique et l'influence hellène sur les usages de l'écriture en Hispanie et dans le sud de la France", en: H. Tréziny (ed.), *Grecs et indigènes de la Catalogne à la Mer Noire*, Paris 2010, 637-657.
- De Hoz 2011: J. de Hoz, *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad: II. El mundo ibérico prerromano y la indoeuropeización*, Madrid 2011.
- Ferrer y Moncunill 2019: J. Ferrer y N. Moncunill, "Palaeohispanic writing systems: Classification, origin, and development", en: A. G. Sinner y J. Velaza (eds.), *Palaeohispanic Languages and Epigraphies*, Oxford 2019, 78-108.
- Decourt 2008: J.-C. Decourt, "Le bilinguisme des inscriptions de la Gaule", en: F. Biville, J.-C. Decourt y G. Rougemont (eds.), *Bilinguisme gréco-latin et épigraphie*, Lyon 2008, 305-319.
- Furtwängler 1993: A. E. Furtwängler, "Massalia im 5. Hh. v. Chr.: Tradition und Neuorientierung" en: *Études offertes à Jean Schaub*, Metz 1993. 431-448.
- Guarducci 1995: M. Guarducci, *Epigrafia greca. I. Caratteri e storia della disciplina. La scrittura greca dalle origini all'età imperiale*, Roma 1995² [1^a ed. 1967].
- Hackett 2008: J. A. Hackett, "Phoenician and Punic", en: R. D. Woodard, *The Ancient Languages of Syria-Palestine and Arabia*, Cambridge 2008, 82-102.
- Jeffery 1989: L. H. Jeffery, *The local scripts of archaic Greece (with a supplement by A. W. Johnston)*, Oxford 1989² [1^a ed. 1961].
- Krahmalkov 2001: C. R. Krahmalkov, *A Phoenician-Punic Grammar*, Leiden-Boston-Köln 2001.
- La Regina 2002: A. La Regina, "La formula onomastica osca in Lucania e nel Bruzio", *Eutopia n.s.* II, 2, 2002, 57-69.
- Lambert 1992: P.-Y. Lambert, "Diffusion de l'écriture gallo-grecque en milieu indigène", en: M. Bats, G. Bertucchi, G. Congès y H. Tréziny (eds.), *Marseille grecque et la Gaule*, Lattes-Aix-en-Provence 1992, 289-294.
- Lambert 2003: P.-Y. Lambert, *La langue gauloise*. Édition revue et augmentée, Paris 2003.
- Lazzarini y Poccetti 2001: M. L. Lazzarini y P. Poccetti, *L'iscrizione paleoitica da Tortora*, Napoli 2001.
- Lejeune, 1970: M. Lejeune, "Phonologie osque et graphie grecque", *REA* 72 1970, 271-316.
- Lejeune 1972: M. Lejeune, "Phonologie osque et graphie grecque II", *REA* 74, 1972, 5-13.
- Lejeune 1983: M. Lejeune, "Rencontres de l'alphabet grec avec les langues barbares au cours du Ier millénaire av. J.-C. en: *Modes de contacts et processus de transformation dans les sociétés anciennes*, Roma 1983, 731-753.
- Lejeune 1988: M. Lejeune, "Compléments gallo-grecs", *Études Celtiques* 25, 1988, 79-106.
- Lejeune 1990a: M. Lejeune, *Méfitis d'après les dédicaces lucaniennes de Rossano di Vaglio*, Louvain-la-Neuve 1990.
- Lejeune 1990b: M. Lejeune, "Compléments gallo-grecs", *Études Celtiques* 27, 1990, 175-177.
- Lejeune 1994: M. Lejeune, "Compléments gallo-grecs", *Études Celtiques* 30, 1994, 181-189.
- Lejeune 1995: M. Lejeune, "Compléments gallo-grecs", *Études Celtiques* 31, 1995, 99-113.
- Lejeune y Lambert 1996: M. Lejeune y P.-Y. Lambert, "Compléments gallo-grecs", *Études Celtiques* 32, 1996, 131-137.
- Lejeune 1985: M. Lejeune, *Recueil des inscriptions gauloises I: Textes gallo-grecs*, Paris 1985.
- McDonald 2015: K. McDonald, *Oscan in Southern Italy*, Cambridge 2015.

- Mullen 2011: A. Mullen, “La création et le développement du gallo-grec”, en: C. Ruiz Darasse y E. R. Luján (eds.), *Contacts linguistiques dans l’Occident méditerranéen antique*, Madrid 2011, 227-239.
- Mullen 2013: A. Mullen, *Southern Gaul and the Mediterranean. Multilingualism and Multiple Identities in the Iron Age and Roman Period*, Cambridge 2013.
- Mullen y Ruiz Darasse 2018: A. Mullen y C. Ruiz Darasse, *Gaulish. Language. Wwriting. Epigraphy*, Zaragoza 2018.
- Obrador-Cursach 2020: B. Obrador-Cursach, *The Phrygian Language*, Leiden-Boston 2020.
- Rix 2002: H. Rix, *Sabellische Texte. Die Texte des Oskischen, Umbrischen und Südpikenischen*, Heidelberg 2002.
- Rolland 1945: H. Rolland, “Chronique, Trouvailles, n° 10”, *Revue numismatique*, Cinquième série 8, 191.
- Russo 2005: M. Russo, *Sorrento. Una nuova iscrizione paleoitalica in alfabeto ‘nucerino’*, Capri 2005.
- Segert 1997: S. Segert, “Phoenician and Punic Phonology” en: A. S. Kaye (ed.), *Phonologies of Asia and Africa (Including the Caucasus) 1*, Winona Lake 1997, 55-64.
- Sinner y Velaza 2019: A. G. Sinner y J. Velaza (eds.), *Palaeohispanic Languages and Epigraphies*, Oxford, 2019.
- Stifter 2017: D. Stifter, “The phonology of Celtic”, en: J. Klein, B. Joseph y M. Fritz, *Handbook of Comparative and Historical Indo-European Linguistics 2*, Berlin-Boston 2017, 1188-1202.
- Untermann 1990: J. Untermann, *Monumenta Linguarum Hispanicarum III: Die iberischen inschriften aus Spanien*, Wiesbaden 1990.
- Velaza 2019: J. Velaza, “Iberian writing and language”, in: A. G. Sinner and J. Velaza (ed.) *Palaeohispanic languages and epigraphies*, Oxford 2019, 160-197.
- Woodard 2010: R. D. Woodard, “Phoinikeia Grammata”, en: E. J. Bakker (ed.) , *A Companion to the Ancient Greek Language*, Malden, Oxford 2010, 25-46.
- Zair 2016: N. Zair, *Oscan in the Greek Alphabet*, Cambridge 2016.
- Zamora et al. 2013: J. A. Zamora et al., “Culto y culturas en la cueva de Gorham (Gibraltar): La historia del santuario y sus materiales inscritos”, *Complutum* 24, 2013, 113-130.

• • • •